

***¿HAS ENCONTRADO
TU SALVACIÓN EN CRISTO,
QUERIDO LECTOR?***

**LA VERDADERA EXPERIENCIA DE
SALVACIÓN POR LA FE EN CRISTO, A LA
LUZ DE LA PALABRA DE DIOS Y EL
TESTIMONIO DE JESUCRISTO**

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas. Efesios 2: 8 – 10

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios”. Romanos 5: 1, 2.

“Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia.” Filip 1:21.

CAPÍTULO I: UNA CUESTIÓN DE VIDA O MUERTE ETERNA.

Se trata de una pregunta crucial. ¿Has encontrado a Jesús, cristiano profeso que estás leyendo estas líneas? ¿Tienes la certeza de ser ahora salvo en Cristo? Si **hoy** fueses llamado a entregar tu vida, si **hoy** la muerte te visitase, ¿cómo serían tus últimos minutos? En tu lecho de muerte, ¿darías testimonio con gratitud a Dios por estar llegando al fin de tu vida con la paz de Cristo en tu corazón, y con la preciosa certeza de que al morir estarás muriendo como un vencedor en Cristo, yendo a la tumba sólo a descansar hasta el día bendito de la resurrección de los justos? Si alguna cosa extraña aconteciese que te colocase frente a frente, cara a cara con la muerte, ¿podrías decir como dijo el apóstol Pablo: "Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida"? (2 Tim. 4: 6-8). ¿Vives cada día de manera tal que puedas decir, como bien decía el mismo apóstol, "yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día"? 2ª Tim 1: 12. O también: "Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia." Filip 1:21. ¿Sería una ganancia para ti morir ahora, como lo era para Pablo?

La certeza de la salvación en Cristo es la esencia del Evangelio, es el Evangelio de Cristo mismo, es el centro del mensaje de toda la Biblia, es el mensaje principal que Dios, nuestro Padre amante, quiere transmitirnos a todos nosotros, sus hijos en gran riesgo de perderse, pero amados por Él hasta el último momento de nuestra vida. Es el privilegio y el deber de cada cristiano vivir de tal manera que pueda saber, en lo más íntimo de su corazón, en todo momento y en toda situación de la vida, que él es un hijo verdadero de Dios, por la fe en Cristo, y por el testimonio del Espíritu Santo a su corazón, la voz de Dios para su conciencia: "El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios". Romanos 8: 16.

Este escrito ha sido pensado mayormente para adventistas del séptimo día, pero con un poco de paciencia por algunas cosas que tal vez no comprendas, puede ser leído y aprovechado por cualquier cristiano profeso, sea católico o evangélico de cualquier denominación. Por eso utilizaré a menudo los escritos inspirados de Elena de White, que nos ayudarán enormemente a aclarar el tema maravilloso de la salvación en Cristo, un tema en el cual el enemigo de las almas continuamente, a lo largo de todos los siglos de la historia, ha arrojado densas tinieblas de errores de toda especie, creando confusión entre los profesos cristianos, una gran confusión que nunca fue tan grande como lo es ahora, en este oscuro siglo 21.

Dentro de la Iglesia Adventista del Séptimo Día el problema fue siempre muy serio. Muy pocos, poquísimos adventistas, a lo largo de toda la historia de la iglesia,

comprendieron la gran verdad de la justificación por la fe, verdad maravillosa que abre las puertas del cielo para quien la comprende, y trae al corazón la preciosa paz de Dios, la perla de gran precio, la certeza de la salvación por la fe en Cristo. Así lo declaró el Testimonio de Jesús a través de su profeta:

“Necesitamos ser iluminados acerca del plan de salvación. **No hay uno en cien que entienda por sí mismo la verdad bíblica sobre este tema que es tan necesario para nuestro bienestar presente y eterno.** Cuando comienza a brillar la luz para hacer claro el plan de la redención a la gente, el enemigo obra con toda diligencia para que la luz sea apartada del corazón de los hombres. Si nos acercamos a la Palabra de Dios con un espíritu dócil y humilde, será barrida la escoria del error, y las gemas de la verdad, largo tiempo ocultas de nuestros ojos, serán descubiertas. Hay gran necesidad de que Cristo sea predicado como la única esperanza y salvación. Cuando la doctrina de la justificación por la fe fue presentada en la reunión de Roma, llegó a muchos como el agua que recibe el viajero sediento. El pensamiento de que nos es imputada la justicia de Cristo, no debido a ningún mérito de nuestra parte sino como una dávida gratuita de Dios, pareció un pensamiento precioso” (The Review and Herald, 3 de septiembre de 1889). Mensajes Selectos, tomo 1, p. 422.

“No defienda nadie la posición limitada y estrecha de que alguna de las obras del hombre puede ayudarle en lo más mínimo a liquidar la deuda de su transgresión. Este es un engaño fatal. Si lo comprendierais, deberíais cesar de obstinaros en vuestras ideas favoritas y escudriñarías la expiación con corazón humilde. **Este asunto es tan oscuramente comprendido, que miles y miles que pretenden ser hijos de Dios son hijos del maligno, porque dependen de sus propias obras.** Dios siempre demandó buenas obras. La ley las demanda. Pero porque el hombre se colocó en el terreno del pecado donde sus buenas obras no tenían valor, sólo puede servir la justicia de Cristo. Cristo puede salvar hasta lo último porque siempre vive para interceder por nosotros. Todo lo que el hombre tiene la posibilidad de hacer por su propia salvación es aceptar la invitación: "El que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente" (Apoc. 22: 17). No hay ningún pecado que pueda cometer el hombre para el cual no se haya hecho provisión en el Calvario. De esa manera la cruz, con fervientes exhortaciones, continuamente ofrece al pecador una expiación completa.” Mensajes Selectos, tomo 1, pp. 402, 403.

La condición espiritual de los adventistas, su ignorancia acerca de la verdadera experiencia cristiana, su desconocimiento del plan de salvación ha sido siempre muy grande, a pesar de haber sido la iglesia más favorecida de todos los siglos, en cuanto a luz y verdad se refiere, por causa del maravilloso Espíritu de Profecía. Leamos con atención:

“Es una solemne declaración la que hago a la iglesia, de que ni uno de cada veinte de aquellos cuyos nombres están registrados en los libros de la iglesia se halla preparado para terminar su historia terrenal, y que estaría tan ciertamente sin Dios y sin esperanza en el mundo como el pecador común. Profesan servir a Dios, pero están sirviendo fervientemente a Mammón. Esta obra que se hace a medias es una negación constante de Cristo, más bien que una confesión de Jesús. Muchos han traído a la iglesia su propio espíritu insubordinado, carente de refinamiento. Su gusto espiritual está pervertido por sus propias corrupciones inmorales y

degradantes, y simbolizan al mundo en espíritu, en corazón y en propósito, confirmándose a sí mismos en prácticas lujuriosas, completamente llenos de engaño en su profesa vida cristiana. ¡Viven como pecadores, y pretenden ser cristianos! Los que pretenden ser cristianos y confesar a Cristo deben salir de entre ellos, y no tocar cosa inmunda, y separarse. . . ." (1893, Servicio Cristiano, pp. 52 – 53)

¿Has leído bien, querido hermano? Ya en 1893 la realidad de la IASD era tal, que no había ni siquiera uno en veinte de los profesos miembros de iglesia que fuese salvo en Cristo. Más de 19 de cada veinte, o sea más del 95%, si morían, morían **perdidos irremisiblemente**. Estaban tan engañados, que no sabían que vivían como perdidos pecadores, en riesgo gravísimo de perderse sin remedio si fuesen visitados bruscamente por la muerte, cosa de la cual nadie está exento. Esto es exactamente lo que el Testigo Fiel y Verdadero, Cristo Jesús, dice de los adventistas, y en general de todos los cristianos profesos del tiempo del fin: **NO SABEN QUE ESTÁN PERDIDOS, Y QUE NECESITAN ARREPENTIRSE Y CAMBIAR RADICALMENTE SU VIDA**, caso contrario serán vomitados de la boca del Señor, y esto significa nada menos que la perdición eterna en el día del juicio.

“Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Apocalipsis 3: 15 – 17.

Resulta entonces una cuestión de VIDA O MUERTE ETERNA comprender a fondo el verdadero significado del plan de salvación, qué es lo que realmente debemos hacer para ser salvos; estudiar con toda diligencia la justificación por la fe y aplicarla a la vida, caso contrario llevaremos una tremenda y amarguísima sorpresa en el día del juicio. Es por eso que Satanás se esfuerza tanto para que nadie comprenda la doctrina de la justificación por la fe, que es la esencia misma del plan de salvación:

“Es precioso el pensamiento de que la justicia de Cristo nos es imputada, no por ningún mérito de nuestra parte, sino como don gratuito de Dios. ***El enemigo de Dios y del hombre no quiere que esta verdad sea presentada claramente; porque sabe que si la gente la recibe plenamente, habrá perdido su poder sobre ella.*** Si consigue dominar las mentes de aquellos que se llaman hijos de Dios, de modo que su experiencia esté formada de duda, incredulidad y tinieblas, logrará vencerlos con la tentación”. (Obreros Evangélicos, p. 169).

SIN EL ESPÍRITU SANTO SERÁ IMPOSIBLE COMPRENDER LA JUSTIFICACIÓN POR LA FE.

Antes de continuar y entrar en el tema mismo, déjame aclararte una cosa, estimado lector: si tú no estás completamente consagrado a Dios, si aún no has decidido hacer una completa entrega de tu vida al Señor, para obedecer toda la luz que de su palabra haya

llegado a tu entendimiento; si no has confesado todos tus pecados conocidos y no has decidido dejarlos para siempre, y no vives luchando contra todos ellos para no volver a caer, entonces no esperes nada de esta grande y preciosa verdad, porque no la vas a comprender. Porque sin el Espíritu Santo no se la puede entender, porque es únicamente el Espíritu Santo el que nos guía a toda la verdad, el que nos capacita para que nuestro entendimiento se abra y podamos entender las grandes verdades de la Palabra de Dios, que son totalmente incomprensibles para los que no tienen el Espíritu Santo:

“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad” Juan 16: 13.

¿Y quiénes reciben el Espíritu Santo? Sólo aquellos que obedecen a Dios, por eso solamente aquellos que quieren hacer la voluntad de Dios comprenden las doctrinas:

“ . . . el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen”. Hechos 5: 32 “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios” Juan 7: 17.

Por eso es que la gran mayoría de los adventistas, más de noventa y nueve de cada cien, no comprenden la gran verdad de la justificación por la fe: es porque, en general, no tienen el Espíritu Santo, y no tienen el Espíritu Santo simplemente porque no se consagran totalmente a Dios, son desobedientes y rebeldes y no abandonan sus pecados preferidos, por eso viven ciegos, tan ciegos, que encima creen que están bien, que son ricos y que no les falta nada. ¡Ay, ay de la inmensa mayoría de los adventistas y de todos los cristianos profesos de este tiempo del fin tan oscuro!

Pero también hay algunos, lamentablemente muy pocos, que se han consagrado sinceramente a Dios, pero por alguna dificultad aún no tienen paz con Dios, y viven muy angustiados, temen morir y perderse, porque no han comprendido cómo se encuentra a Cristo, aunque son sinceros y honestos siervos de Dios, que viven procurando obedecer a Dios en toda la luz que poseen. Ése fui yo durante los dos primeros años desde que ingresé en la Iglesia adventista, hace ya mucho tiempo, entre 1977 y 1979. Me entregaba a Dios totalmente, pero no tenía paz. Procuraba obedecer al Señor para salvarme, pero siempre fracasaba y acababa terriblemente desalentado. Y todo porque no alcanzaba a entender la preciosísima verdad de la justificación por la fe. Es posible, querido lector, que hoy tú seas uno de ellos; entonces continúa leyendo y orando, porque es probable que tu liberación esté muy cerca.

Para ilustrar de la mejor manera esta gran verdad que es vida para el alma, y que con el auxilio del Espíritu de Dios podremos comprender, vamos a leer y analizar las experiencias de verdaderos cristianos que realmente hallaron al Señor, hombres tan pecadores como cualquiera de nosotros, porque eso nos ayudará mucho, como a mí mismo tanto me ayudó. Comencemos nuestro estudio con la experiencia del apóstol Pablo:

II. LA EXPERIENCIA DE SALVACIÓN EN CRISTO DEL APÓSTOL PABLO: “Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia” Filip. 1: 21.

Antes de encontrar a Cristo en el camino a Damasco, Saulo (después Pablo) había sido un hombre totalmente equivocado durante toda su vida. Educado en el judaísmo, procuró fervientemente agradar a Dios de acuerdo a los dictados de su conciencia, hacía lo mejor que podía, pero estaba equivocado, su conciencia estaba mal enseñada, y lo guiaba por un camino errado. Durante los tres años y medio del ministerio público de Cristo, no se identificó en absoluto con su movimiento, sino que estaba en contra de Jesús. No lo reconocía como enviado de Dios, sino todo lo contrario. Y después de Pentecostés, al ver el poder del cristianismo en la conversión de miles de judíos a Cristo, se llenó de odio contra Jesús y sus seguidores, y buscó exterminarlos de sobre la faz de la tierra. Los persiguió tenazmente, habiendo sido responsable del encarcelamiento y muerte de muchos de ellos. Así él mismo se confiesa:

“Yo de cierto soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero criado en esta ciudad, instruido a los pies de Gamaliel, estrictamente conforme a la ley de nuestros padres, celoso de Dios, . . . Perseguía yo este Camino hasta la muerte, prendiendo y entregando en cárceles a hombres y mujeres”; Hechos 22:3, 4.

“Porque ya habéis oído acerca de mi conducta en otro tiempo en el judaísmo, que perseguía sobremanera a la iglesia de Dios, y la asolaba; y en el judaísmo aventajaba a muchos de mis contemporáneos en mi nación, siendo mucho más celoso de las tradiciones de mis padres.” Gálatas 1: 13, 14,

“Yo ciertamente había creído mi deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret; lo cual también hice en Jerusalén. Yo encerré en cárceles a muchos de los santos, habiendo recibido poderes de los principales sacerdotes; y cuando los mataron, yo di mi voto. Y muchas veces, castigándolos en todas las sinagogas, los forcé a blasfemar; y enfurecido sobremanera contra ellos, los perseguí hasta en las ciudades extranjeras.

“Ocupado en esto, iba yo a Damasco con poderes y en comisión de los principales sacerdotes, cuando a mediodía, oh rey, yendo por el camino, vi una luz del cielo que sobrepasaba el resplandor del sol, la cual me rodeó a mí y a los que iban conmigo. Y habiendo caído todos nosotros en tierra, oí una voz que me hablaba, y decía en lengua hebrea: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el aguijón. Yo entonces dije: ¿Quién eres, Señor? Y el Señor dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, y ponte sobre tus pies; porque para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de aquellas en que me apareceré a ti, librándote de tu pueblo, y de los gentiles, a quienes ahora te envío, para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados.” Hechos 26: 9 – 18.

En lo más íntimo de su corazón, Saulo no tenía paz con Dios, porque la paz de Dios solamente se obtiene como fruto del Espíritu Santo, mediante la fe en Cristo, y el pobre Saulo de Tarso (que así se llamaba antes de su conversión) no tenía ni fe en Cristo, y menos el Espíritu Santo, y por lo tanto nada de paz, que es el fruto de estar reconciliados con Dios, teniendo la certeza entonces de la salvación en Cristo Jesús.

Pero después de su bendita experiencia en el camino a Damasco, cuando Dios tuvo misericordia de él y Cristo mismo se le apareció mostrándole el error de toda su vida, Pablo comenzó a entender el plan de salvación como realmente es, a la luz de la Palabra de Dios y de las enseñanzas de Cristo, que antes tanto había combatido. Encontró entonces la paz de Dios, fue salvo en Cristo por la fe en su sangre, y entonces salió a predicarlo por todo el mundo, a riesgo de su vida y sufriendo una feroz persecución por todas partes. Pero a él nada lo intimidaba, no tenía miedo de la muerte en absoluto, porque sabía que estaba salvo en Cristo, y el morir sería para él la victoria de su vida, el fin de su carrera como vencedor:

“Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia.” Filip 1:21.

“. . . en trabajos más abundante; en azotes sin número; en cárceles más; en peligros de muerte muchas veces. De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez;” 2ª Cor 11: 23 – 27

“. . . el Espíritu Santo por todas las ciudades me da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones. **Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo**, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios.” Hechos 20: 23, 24.

Él no se creía perfecto, se reconocía pecador, necesitando de crecimiento espiritual; pero sabía que por la fe en la sangre de Cristo, que hoy continúa ofreciéndose en el santuario celestial por nosotros, podía tener el perdón de sus pecados, y entonces ser salvo de la perdición eterna:

“Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante

a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos. No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús.”

“Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.” Filipenses 3: 8 – 14.

Pablo reconoce plenamente y con toda humildad, que la salvación que él recibió no la recibió por merecerla, porque su vida estaba llena de maldad y pecado cuando Dios intervino en su vida para salvarlo, sino por la gran misericordia de Dios, por su inmenso amor, para que él también, así como cualquiera de nosotros que decida creer y aceptar, pudiésemos ser herederos de la vida eterna:

“Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros. Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna”. Tito 3: 3 – 7.

Y cuando finalmente fue encarcelado y condenado a muerte, él estaba plenamente seguro de su salvación, porque conservó su fe en la sangre de Cristo hasta el último día de su vida. Así lo testificó desde la prisión, en espera de su ejecución:

“Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.” 2ª Tim 4: 6 – 8.

Esta no es una experiencia sólo para mí, decía Pablo, sino para “todos los que aman su venida”. Todos, tú también, querido lector, puedes tener esa misma fe, esa misma certeza de tu salvación en Cristo en todo momento de tu vida. Era esa certeza misma la que le daba coraje a los cristianos primitivos para enfrentar la persecución y la muerte sin temor alguno. Morían como vencedores, porque sabían que eran salvos, por la fe en Cristo Jesús.

Sigamos a Pablo hasta el día mismo en que fue sacrificado. Gracias a Dios, el Testimonio de Jesús nos reveló sus últimos minutos de vida, realmente brillantes:

El último testimonio de Pablo

“Pablo fue conducido en privado al lugar de su ejecución. Sus perseguidores, alarmados por la amplitud de su influencia, temían que algunos pudieran convertirse al cristianismo aun como resultado de la escena de su muerte. Por eso se permitió a muy pocos espectadores que estuvieran presentes.

“Pero los endurecidos soldados destacados para asistirlo, escucharon sus palabras, y con asombro vieron que manifestaba alegría y hasta gozo frente a semejante muerte. Su actitud de perdón hacia sus asesinos y de invariable confianza en Cristo hasta el mismo fin fueron un sabor de vida para vida para algunos de los que fueron testigos de su martirio. Más de uno aceptó después al Salvador que Pablo predicaba, e impávidamente selló su fe con su propia sangre.

“La vida de Pablo, hasta su última hora, da testimonio de la verdad de sus palabras que aparecen en la segunda epístola a los Corintios: "Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros, que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados, perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos" (2 Cor. 4: 6-10). Su suficiencia no residía en sí mismo sino en la presencia y en la actividad del Espíritu divino que llenaba su alma y que ponía todo pensamiento en sujeción a la voluntad de Cristo. El hecho de que su propia vida ejemplificaba la verdad que proclamaba proporcionó un poder convincente tanto a su predicación como a su apariencia personal. Dice el profeta: "Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado" (Isa. 26: 3). Esta paz celestial, manifestada en su rostro, ganó a muchas almas para el Evangelio.

“El apóstol contemplaba el gran más allá, no con incertidumbre o temor, sino con gozosa esperanza y anhelante expectación. Mientras estaba de pie en el lugar de su martirio no vio el resplandor de la espada del verdugo ni la verde tierra que pronto recibiría su sangre. A través del apacible azul de ese día de verano contempló el trono del Eterno. Sus palabras fueron: "¡Oh Señor! Tú eres mi consuelo y mi porción. ¿Cuándo estaré en tus brazos? ¿Cuándo te contemplaré yo mismo, sin velo oscurecedor que nos separe?"

“Pablo llevaba consigo durante su vida en la tierra la misma atmósfera del cielo. Todos los que se relacionaban con él experimentaban la influencia de su contacto con Cristo y su comunión con los ángeles. En esto reside el poder de la verdad. La influencia espontánea e inconsciente de una vida santa es el sermón más convincente que se puede predicar en favor del cristianismo. Los argumentos, aunque sean incontestables, pueden provocar sólo oposición; pero un ejemplo piadoso tiene un poder que es imposible resistir del todo.

“Mientras el apóstol perdía de vista sus propios sufrimientos inmediatos, sentía una profunda preocupación por los discípulos a quienes dejaría para que hicieran frente al prejuicio, el odio y la persecución. Al tratar de fortalecer y animar a los pocos cristianos que lo acompañaron al lugar de su ejecución, les repitió las sumamente preciosas promesas que se dan a los que son perseguidos por causa de la justicia. Les aseguró que nada dejaría de cumplirse de todo lo que el Señor ha dicho con respecto a los que son probados y son fieles. Se levantarán y resplandecerán, porque la luz del Señor aparecerá sobre ellos. Se revestirán de hermosas vestiduras cuando se revele la gloria de Jehová. Por un poco de tiempo podrán pasar por dificultades provocadas por numerosas tentaciones, podrán estar destituidos de las comodidades de la tierra; pero deben animar sus corazones al decir: "Yo sé a quién he creído, y

estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito" (2 Tim. 2: 12). Su reprensión concluirá, y llegará la alegre mañana de la paz y el día perfecto.

"El Capitán de nuestra salvación había preparado a su siervo para el último gran conflicto. Redimido por el sacrificio de Cristo, purificado de sus pecados por su sangre y revestido de su justicia, Pablo llevaba el testimonio en sí mismo de que su alma era preciosa a la vista de su Redentor. Su vida estaba escondida con Cristo en Dios, y él estaba persuadido de que el que había vencido a la muerte era capaz de guardar lo que le había confiado. Su mente captó la promesa del Salvador: "Y ésta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero" (Juan 6: 40). Sus pensamientos y esperanzas estaban concentrados en la segunda venida de su Señor. Y cuando la espada del verdugo descendió y las sombras de la muerte invadieron el alma del mártir, surgió su último pensamiento, que será el primero que tendrá en ocasión del gran despertar, de salir al encuentro del Dador de la vida para recibir la bienvenida al gozo de los bienaventurados.

"Casi veinte siglos han pasado desde el momento cuando el anciano Pablo derramó su sangre para ser testigo de la Palabra de Dios y del verdadero testimonio de Cristo. Ninguna mano fiel registró para las generaciones venideras las últimas escenas de la vida de este santo; pero la inspiración ha conservado para nosotros su testimonio de moribundo.

"Como sonido de trompeta ha resonado su voz a través de las edades, infundiendo su propio valor a miles de testigos de Cristo, y despertando a miles de corazones angustiados con el eco de su propio clamor de triunfo: "Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida" (2 Tim. 4: 6-8)". (La Historia de la redención, pp. 331 – 335)

El secreto de esa certeza: la fe en Dios de Pablo.

¿Cómo es posible que este hombre poseyera esta certeza íntima de su salvación tan grande, esa paz con Dios a toda prueba? Él mismo responde: es **por la fe**. Él no confiaba en sus buenas obras, sino en la misericordia de Dios; su certeza de su salvación era por la fe en Cristo como su Salvador, la fe en la sangre de Cristo derramada por todos nosotros en la cruz y ofrecida en el santuario celestial hasta hoy para perdón de nuestros pecados, la fe en la gracia de Dios, que nos perdona gratuitamente todos los pecados, porque él ya hizo el pago mediante la muerte de su hijo Jesús, quien recibió el castigo que cada uno de nosotros merecía por sus pecados:

"Justificados, pues, por la **fe**, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo;" Romanos 5:1.

"... las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para **la salvación por la fe que es en Cristo Jesús.**" 2ª Tim 3: 15.

"Vivo; mas no ya yo, sino que Cristo vive en mí: y aquella vida que ahora vivo en la carne, la vivo **por la fe en el Hijo de Dios**, el cual me amó, y se dio a sí mismo por mí' (Gálatas 2: 20).

20 ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado.

21 Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas;

22 la justicia de Dios **por medio de la fe en Jesucristo**, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia,

23 por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios,

24 siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús,

25 a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados,

26 con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús. Romanos 3: 20 – 26

8 Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios;

9 no por obras, para que nadie se gloríe.

10 Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas. Efesios 2: 8 - 10

El verdadero significado de la fe.

¿Qué clase de fe es la que da tal certeza, que transforma la vida y la convierte en un poderoso testimonio por Cristo? La fe que tenía Pablo, la fe de la que habla la Biblia, significa confiar en Dios de manera de entregarle todo a Él, decidir obedecerle en todo, elegir servirle haciendo una entrega total de todo lo que somos y tenemos. Tener fe en Dios quiere decir darse por completo a Dios y a la vez confiar en todas las promesas de Dios, de manera que estamos seguros de que al entregarnos así, tenemos paz con Dios, recibimos el perdón de los pecados y somos salvos, por la gracia de Dios, por su gran amor con que nos ama, por su inmensa misericordia, que no merecemos, pero que Él nos regala porque Él es amor.

La fe en Dios entonces es **entregarle** todo a Dios, y a la vez **recibirlo** todo de Él. Le entregamos toda nuestra vida, decidimos darle a Dios todo lo que somos y tenemos, colocamos todo nuestro ser y todas nuestras pertenencias a los pies de Jesús. Nuestro tiempo, nuestro cuerpo, nuestra boca, nuestro estómago, nuestros planes, nuestras manos, nuestra lengua, nuestros pies, todo, absolutamente todo lo entregamos a Dios, y a la vez **recibimos todo de Dios:** su perdón, su paz, la certeza de su salvación en Cristo, el poder del Espíritu Santo para poder obedecer todos sus mandamientos, la promesa de que nada nos faltará, aún en esta vida (Mateo 6:33, Salmo 23:1, etc.), la promesa de Dios de que no nos dejará ser

tentados más allá de nuestras fuerzas, sino que dará juntamente con la tentación siempre una salida (1ª Cor 10:13), y todas, absolutamente todas las promesas que el Señor nos hace en su bendita palabra.

Pablo ejemplifica esta fe mediante su experiencia al caer del caballo en el camino a Damasco:

1 Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, vino al sumo sacerdote,

2 y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallase algunos hombres o mujeres de este Camino, los trajese presos a Jerusalén.

3 Mas yendo por el camino, aconteció que al llegar cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo;

4 y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

5 Él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el agujón.

6 Él, temblando y temeroso, dijo: **Señor, ¿qué quieres que yo haga?** Y el Señor le dijo: Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer. Hechos 9: 1 – 6.

Pablo le dijo a Dios “Señor, qué quieres que yo haga”. Él no se resistió, no rechazó el llamado de Dios, no le dijo “NO” a Dios, como la inmensa mayoría de los seres humanos, rebeldes, continuamente le dicen, sino que le dijo al Señor “SI”, “HARÉ LO QUE ME PIDAS”, “háblame, y obedeceré tu voz; te seguiré, Señor, dime, ¿qué quieres que haga?, y lo haré por la fe en ti, con tu ayuda prometida”.

Eso es fe: es la actitud del ser humano que se entrega totalmente a Dios, para obedecerlo en todo; confiesa sus pecados y maldades anteriores, toda su rebeldía y desobediencia, y de aquí en adelante decide vivir en unión con Cristo, mediante la fe, dando todo a Dios y recibiendo todo de Él.

La certeza de la salvación de Pablo no era “una vez salvo, siempre salvo”.

Esa certeza tan grande que Pablo tenía de su salvación en Cristo por la fe, era una certeza que vale solamente para el momento presente, no para el día de mañana. Hoy, ahora, podemos saber que si nos entregamos completamente a Dios, Él nos recibe, nos perdona y somos salvos por la fe en Cristo, pero mañana, y a cada instante, deberemos hacer la misma decisión, deberemos luchar contra nuestro yo rebelde y entregarle todo Dios otra vez, y así a cada instante, a cada hora, a cada minuto. Si no hacemos esto, si nos rebelamos y cedemos a la tentación, nos separamos de Cristo, dejamos de ejercer fe, y entonces perdemos nuestra salvación, y no la recuperamos hasta que no nos arrepentimos y volvemos a entregarnos a Dios. Así lo enseña claramente el gran apóstol:

24 ¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis.

25 Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible.

26 Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire,

27 sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado. 1ª Cor 9: 24 – 27.

Él bien sabía que la experiencia de fe es una experiencia que debe mantenerse a cada minuto, porque el enemigo, Satanás, quiere despertar continuamente la rebeldía del ser humano; quiere hacerlo elegir el pecado, separándose de Dios y así perdiendo su paz y su salvación. Por eso Pablo dice **“golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado”**. Esto es: me niego a mí mismo, niego mis deseos carnales, y decido obedecer, porque si no lo hago, si me rebelo contra Dios y me entrego al pecado, **seré eliminado**, es decir, saldré de la gracia de Dios y entraré al servicio del diablo, y perderé mi paz y mi salvación bendita, y todo lo que Dios me había dado. Sí, el apóstol comprendía muy bien la enseñanza de Cristo cuando dijo:

24 Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, **niéguese** a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.

25 Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará.

26 Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?

27 Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras. Mateo 16: 24 – 27.

Sí, es posible caer de la gracia de Dios, a cada instante podemos hacerlo, porque siempre estamos en libertad para elegir estar unidos a Cristo o separarnos de él cuando elegimos servir al pecado. Así les pasó a los Gálatas a los cuales el apóstol reprendió con mucho amor y sabiduría:

“De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído.”
Gálatas 5:4.

Es posible que hoy seamos llenos del Espíritu Santo y mañana nos rebelemos contra Dios, cedamos a la tentación y pequemos, y si continuamos así, nos extraviamos y nos perdemos. Por eso el Señor Jesús nos llama tierna y solemnemente a permanecer en él, porque separados de Él, **nada podemos hacer**:

1 Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador.

2 Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto.

3 Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado.

4 Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.

5 Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.

6 El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden.

7 Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho.

8 En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos.

9 Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor.

10 Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Juan 15: 1 – 10.

La experiencia de Pedro cuando caminó sobre las aguas un breve momento, y después se hundió, ilustra claramente la realidad de la vida cristiana en nuestra carne débil y vacilante:

24 Y ya la barca estaba en medio del mar, azotada por las olas; porque el viento era contrario.

25 Mas a la cuarta vigilia de la noche, Jesús vino a ellos andando sobre el mar.

26 Y los discípulos, viéndole andar sobre el mar, se turbaron, diciendo: ¡Un fantasma! Y dieron voces de miedo.

27 Pero en seguida Jesús les habló, diciendo: ¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!

28 Entonces le respondió Pedro, y dijo: Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas.

29 Y él dijo: Ven. Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús.

30 Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo; y comenzando a hundirse, dio voces, diciendo: ¡Señor, sálvame!

31 Al momento Jesús, extendiendo la mano, asió de él, y le dijo: ¡Hombre de poca fe! **¿Por qué dudaste?**

Mateo 14: 24 – 31.

Vivir en Cristo, mantener una firme unión con Él por la fe, lo cual nos permite vencer toda tentación al pecado, es un milagro mucho mayor que caminar sobre las aguas. Pedro logró caminar sobre las aguas mientras mantuvo sus ojos fijos en Cristo y no permitía que nada apartase su mente del Señor, pero en cuanto cedió a la **duda**, se hundió inmediatamente en las oscuras aguas de la incredulidad, y se hubiese ahogado si Cristo no le hubiera extendido la mano para rescatarlo.

En maravillosas palabras inspiradas, el Testimonio de Jesús nos aclara aún mejor el significado de la unión con Cristo y la certeza de la salvación, y cómo debemos luchar para no apartarnos del Señor y así perder esa bendita certeza:

“Cuando el hombre dedica muchos pensamientos a sí mismo, se aleja de Cristo: manantial de fortaleza y vida. Por esto **Satanás se esfuerza constantemente por mantener la atención apartada del Salvador e impedir así la unión y comunión del alma con Cristo.** Los placeres del mundo, los cuidados de la vida Y sus perplejidades y tristezas, las faltas de otros o vuestras propias faltas e imperfecciones: hacia alguna de estas cosas, o hacia todas ellas, procura desviar la mente. No seáis engañados por sus maquinaciones. A muchos que son realmente concienzudos y que desean vivir para Dios, los hace también detenerse a menudo en sus faltas y debilidades, y al separarlos así de Cristo, espera obtener la victoria. No debemos hacer de nuestro yo el centro de nuestros pensamientos, **ni alimentar ansiedad ni temor acerca de si seremos salvos o no.** Todo esto es lo que desvía el alma de la Fuente de nuestra fortaleza. Encomendad vuestra alma al cuidado de Dios y confiad en él. Hablad de Jesús y pensad en él. Piérdase en él vuestra personalidad. Desterrad toda duda; disipad vuestros temores. Decid con el apóstol Pablo: "Vivo; mas no ya yo, sino que Cristo vive en mí: y aquella vida que ahora vivo en la carne, la vivo por la fe en el Hijo de Dios, el cual me amó, y se dio a sí mismo por mí' (Gálatas 2: 20). Reposad en Dios. El puede guardar lo que le habéis confiado. Si os ponéis en sus manos, él os hará más que vencedores por Aquel que nos amó.”

“Cuando Cristo se humanó, se unió a sí mismo a la humanidad con un lazo de amor que jamás romperá poder alguno, salvo la elección del hombre mismo. **Satanás constantemente nos presenta engaños para inducirnos a romper este lazo: elegir separarnos de Cristo. Sobre esto necesitamos velar, luchar, orar, para que ninguna cosa pueda inducirnos a elegir otro maestro; pues estamos siempre libres para hacer esto.** Mas tengamos los ojos fijos en Cristo, y él nos preservará. Confiando en Jesús estamos seguros. Nada puede arrebatarlos de su mano. Mirándolo constantemente, "somos transformados en la misma semejanza, de gloria en gloria, así como por el Espíritu del Señor' (2 Corintios 3: 18.) (El Camino a Cristo, pp. 71, 72)

Podríamos escribir mucho sobre el testimonio de Pablo, pero dejamos al lector la tarea de estudiar por sí mismo todos sus maravillosos escritos, en especial la epístola a los Romanos, donde Pablo magistralmente enseña la gran verdad de la justificación por la fe en Cristo, la salvación por medio de la fe en su sangre, esto es, cómo vivir teniendo la certeza de la salvación en Cristo, que se obtiene por la **fe**. Tienes tu Biblia, querido lector, ábrela con oración y estúdiala seriamente, que el Señor te iluminará si lo buscas con corazón sincero y obediente. Como bien dijo el Señor Jesús: “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta”. Juan 7: 17

Una vez más, escuchemos el llamado poderoso del apóstol:

15 Y nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo; porque después de haber dicho:

16 Éste es el pacto que haré con ellos Después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en sus corazones, Y en sus mentes las escribiré,

17 añade: Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones.

18 Pues donde hay remisión de éstos, no hay más ofrenda por el pecado.

19 Así que, hermanos, **teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo,**

20 por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne,

21 y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios,

22 acerquémonos con corazón sincero, **en plena certidumbre de fe,** purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura.

23 Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió.

Hebreos 10: 15 – 23

“Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, **puestos los ojos en Jesús,** el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.” Hebreos 12: 1, 2.

Y permíteme decirte, querido lector, que te aconsejo fervientemente leer y estudiar a fondo el tratado más claro, completo y sencillo que existe sobre la justificación por la fe: el librito inspirado “El Camino a Cristo”. Ese librito, hermano, es un legado maravilloso de Cristo para los creyentes adventistas, a través de la Sra. de White, su escritora aquí, pero no su autora real, pues es obra de Jesús, no de hombre alguno, y nos enseña la salvación por la fe de una manera sumamente clara, de la más fácil comprensión. Por favor, lee ese libro una y otra vez, hasta que encuentres la maravillosa experiencia de la salvación por la fe, y experimentes una completa renovación en Cristo.

Ahora continuemos nuestro estudio analizando otro testimonio de alguien a quien le fue dado sacudir al mundo con la gran verdad de la justificación por la fe en Cristo: **Martín Lutero.**

III. LA SALVACIÓN POR LA FE EN CRISTO EN LA EXPERIENCIA DE MARTÍN LUTERO.

Acerca de la maravillosa e iluminadora experiencia de este siervo de Dios, que a miles de cristianos les aclaró la manera de encontrar la paz de Dios y cómo ser salvo en Cristo, no encuentro cosa mejor que dejar hablar a la Inspiración, a través de las palabras del Testimonio de Jesús. Leamos algunas porciones del capítulo 7 del libro “El Conflicto de los Siglos”, de E. de White, titulado “En la Encrucijada de los Caminos”:

“EL más distinguido de todos los que fueron llamados a guiar a la iglesia de las tinieblas del papado a la luz de una fe más pura, fue Martín Lutero. Celoso, ardiente y abnegado, sin

más temor que el temor de Dios y sin reconocer otro fundamento de la fe religiosa que el de las Santas Escrituras, fue Lutero el hombre de su época. Por su medio realizó Dios una gran obra para reformar a la iglesia e iluminar al mundo.

“. . .Las ideas religiosas lóbregas y supersticiosas que prevalecían en su tiempo le llenaban de pavor. A veces se iba a acostar con el corazón angustiado, pensando con temor en el sombrío porvenir, y viendo en Dios a un juez inexorable y un cruel tirano más bien que un bondadoso Padre celestial.

“Mas a pesar de tantos motivos de desaliento, Lutero siguió resueltamente adelante, puesta la vista en un dechado elevado de moral y de cultura intelectual que le cautivaba el alma. Tenía sed de saber, y el carácter serio y práctico de su genio le hacía desear lo sólido y provechoso más bien que lo vistoso y superficial. . . .

“Un día, mientras examinaba unos libros en la biblioteca de la universidad, descubrió Lutero una Biblia latina. Jamás había visto aquel libro. Hasta ignoraba que existiese. Había oído porciones de los Evangelios y de las Epístolas que se leían en el culto público y suponía que eso era todo lo que contenía la Biblia. Ahora veía, por primera vez, la Palabra de Dios completa. Con reverencia mezclada de admiración hojeó las sagradas páginas; con pulso tembloroso y corazón turbado leyó con atención las palabras de vida, deteniéndose a veces para exclamar: "¡Ah! ¡si Dios quisiese darme para mí otro libro como éste!" -Ibid. Los ángeles del cielo estaban a su lado y rayos de luz del trono de Dios revelaban a su entendimiento los tesoros de la verdad. Siempre había tenido temor de ofender a Dios, pero ahora se sentía como nunca antes convencido de que era un pobre pecador.

“Un sincero deseo de librarse del pecado y de reconciliarse con Dios le indujo al fin a entrar en un claustro para consagrarse a la vida monástica. Allí se le obligó a desempeñar los trabajos más humillantes y a pedir limosnas de casa en casa. Se hallaba en la edad en que más se apetecen el aprecio y el respeto de todos, y por consiguiente aquellas viles ocupaciones le mortificaban y ofendían sus sentimientos naturales; pero todo lo sobrellevaba con paciencia, creyendo que lo necesitaba por causa de sus pecados.

“Dedicaba al estudio todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones de cada día y aun robaba al sueño y a sus escasas comidas el tiempo que hubiera tenido que darles. Sobre todo se deleitaba en el estudio de la Palabra de Dios. Había encontrado una Biblia encadenada en el muro del convento, y allá iba con frecuencia a escudriñarla. A medida que se iba convenciendo más y más de su condición de pecador, procuraba por medio de sus obras obtener perdón y paz. Observaba una vida llena de mortificaciones, procurando dominar por medio de ayunos y vigiliias y de castigos corporales sus inclinaciones naturales, de las cuales la vida monástica no le había librado. No rehuía sacrificio alguno con tal de llegar a poseer un corazón limpio que mereciese la aprobación de Dios. "Verdaderamente -decía él más tarde- yo fui un fraile piadoso y seguí con mayor severidad de la que puedo expresar las reglas de mi orden. . . . Si algún fraile hubiera podido entrar en el cielo por sus obras monacales, no hay duda que yo hubiera entrado. Si hubiera durado mucho tiempo aquella rigidez, me hubiera hecho morir a fuerza de austeridades." -Id., cap. 3. A consecuencia de esta dolorosa disciplina perdió sus fuerzas y sufrió convulsiones y desmayos de los que jamás pudo reponerse enteramente. Pero a pesar de todos sus esfuerzos, su alma agobiada no hallaba alivio, y al fin fue casi arrastrado a la desesperación.

“Cuando Lutero creía que todo estaba perdido, Dios le deparó un amigo que le ayudó. El piadoso Staupitz le expuso la Palabra de Dios y le indujo a apartar la mirada de sí mismo, a dejar de contemplar un castigo venidero infinito por haber violado la ley de Dios, y a acudir a Jesús, el Salvador que le perdonaba sus pecados. "En lugar de martirizarte por tus faltas, échate en los brazos del Redentor. Confía en él, en la justicia de su vida, en la expiación de su muerte. . . . Escucha al Hijo de Dios, que se hizo hombre para asegurarte el favor divino." "¡Ama a quien primero te amó!"-Id., cap. 4. Así se expresaba este mensajero de la misericordia. Sus palabras hicieron honda impresión en el ánimo de Lutero. Después de larga lucha contra los errores que por tanto tiempo albergara, pudo asirse de la verdad y la paz reinó en su alma atormentada. . . .

“Por decreto expedido poco antes prometía el papa indulgencia a todo aquel que subiese de rodillas la "escalera de Pilato" que se decía ser la misma que había pisado nuestro Salvador al bajar del tribunal romano, y que, según aseguraban, había sido llevada de Jerusalén a Roma de un modo milagroso. Un día, mientras estaba Lutero subiendo devotamente aquellas gradas, recordó de pronto estas palabras que como trueno repercutieron en su corazón: **"El justo vivirá por la fe."** (Romanos 1: 17.) Púsose de pronto de pie y huyó de aquel lugar sintiendo vergüenza y horror. Ese pasaje bíblico no dejó nunca de ejercer poderosa influencia en su alma. Desde entonces vio con más claridad que nunca el engaño que significa para el hombre confiar en sus obras para su salvación y cuán necesario es tener fe constante en los méritos de Cristo. Sus ojos se habían abierto y ya no se cerrarían jamás para dar crédito a los engaños del papado. Al apartarse de Roma sus miradas, su corazón se apartó también, y desde entonces la separación se hizo más pronunciada, hasta que Lutero concluyó por cortar todas sus relaciones con la iglesia papal.” . . . (fragmentos del cap 7 del CS, pp. 129 – 154).

Del capítulo siguiente, el 8 del “Conflicto de los siglos”, titulado “Un campeón de la verdad”, extraemos esta preciosa porción, donde Lutero predica con gran sencillez y poder la verdad básica de la justificación por la fe:

“En Erfurt, Lutero fue recibido con honra. Rodeado por multitudes que le admiraban, cruzó aquellas mismas calles que antes recorriera tan a menudo con su bolsa de limosnero. Visitó la celda de su convento y meditó en las luchas mediante las cuales la luz que ahora inundaba Alemania había penetrado en su alma. Deseaban oírle predicar. Esto le era prohibido, pero el heraldo dio su consentimiento y el mismo que había sido fraile sirviente del convento ocupó ahora el púlpito.

“Habló a la vasta concurrencia de las palabras de Cristo: "La paz sea con vosotros." "Los filósofos -dijo- doctores y escritores han intentado demostrar cómo puede el hombre alcanzar la vida eterna, y no lo han conseguido. Yo os lo explicaré ahora.... Dios resucitó a un Hombre, a Jesucristo nuestro Señor, por quien anonada la muerte, destruye el pecado y cierra las puertas del infierno. He aquí la obra de salvación.... ¡Jesucristo venció! ¡he aquí la grata nueva! y somos salvos por su obra, y no por las nuestras.... Nuestro Señor Jesucristo dice: '¡La paz sea con vosotros! mirad mis manos;' es decir: Mira, ¡oh hombre! yo soy, yo solo soy quien he borrado tus pecados y te he rescatado. ¡Por esto tienes ahora la paz! dice el Señor."

“Y siguió explicando cómo la verdadera fe se manifiesta en una vida santa: "Puesto que Dios nos ha salvado, obremos de un modo digno de su aprobación. ¿Eres rico? Sirvan tus

bienes a los pobres. ¿Eres pobre? Tu labor sirva a los ricos. Si tu trabajo no es útil más que para ti mismo, el servicio que pretendes hacer a Dios no es más que mentira." -Ibid.

"El pueblo escuchaba embelesado. El pan de vida fue repartido a aquellas almas hambrientas. Cristo fue ensalzado ante ellas por encima de papas, legados, emperadores y reyes. (CS, pp. 162 – 163)

Obsérvese bien esta gran verdad predicada por Lutero y rescatada por el Espíritu de Profecía: "Puesto que Dios nos ha salvado, obremos de un modo digno de su aprobación", es decir, que debemos obedecer a Dios **porque nos ha salvado, y no para ser salvados**. O sea que primero necesitamos tener la salvación, para entonces poder dar a Dios una verdadera obediencia, una obediencia por amor, llena de gratitud hacia Aquel que nos encontró cuando estábamos perdidos, pero que ahora somos salvos por la fe en su sangre ofrecida aún en el santuario por todos los pecadores.

La esencia de la ley de Dios es el amor, el amor a Dios y al prójimo, y necesitamos ser sinceros con nosotros mismos: nadie puede sentir un profundo amor a Dios mientras viva con miedo de perderse, mientras mire a Dios con terror por el hecho de sentirse condenado, porque no tiene la paz de Dios, la certeza de su salvación en Cristo, porque duda de que sus pecados hayan sido perdonados, y no sabe si es salvo o no. Por eso es que es sencillamente imposible obedecer realmente Dios sin tener paz con él, sin haber aprendido a amarlo y con un corazón agradecido por habernos salvado, por habernos buscado y encontrado. Tan importante es encontrar la verdad salvadora en Cristo; es un asunto muy esencial, es una verdadera cuestión de vida o muerte. Es en verdad perla de gran precio. Vale la pena venderlo todo para adquirirla . . .

Hagamos entonces un resumen de la experiencia preciosa de Martín Lutero. En su juventud él era muy sincero y ferviente, vivía en obediencia a todo lo que creía que era su deber ante Dios, pero no tenía paz con Dios, tenía gran temor de perderse, no tenía la certeza de su salvación en Cristo, y eso lo indujo a ingresar en un monasterio, a fin de santificarse por completo y alcanzar la paz del corazón que tanto anhelaba. Pero fue en vano: no había manera, ni la habrá jamás, mediante la cual el hombre alcance la salvación por sus obras. Nadie jamás tendrá paz en su corazón mirándose a sí mismo. Es únicamente por la fe en Cristo como podemos ser salvos, ahora y ya. Y después de varios años de luchas y estudio profundo de la palabra de Dios, al fin Lutero comprendió la verdad y fue librada su alma. Encontró a Cristo, y no lo perdió de vista nunca más en toda su vida. Tuvo paz, y su gozo fue tan grande como había sido antes su angustia. Y dedicó el resto de su vida a predicar la gran verdad de la salvación por la fe en Cristo, porque es imposible, querido lector, que alguien que encontró a Cristo se calle, y necesite ser empujado para que salga a predicar.

"Así también los que son participantes de la gracia de Cristo están dispuestos a hacer cualquier sacrificio a fin de que aquellos por los cuales él murió tengan parte en el don celestial. Harán cuanto puedan para que el mundo sea mejor por su permanencia en él. Este espíritu es el fruto seguro del alma verdaderamente convertida. Tan pronto como viene uno a Cristo, nace en el corazón un vivo deseo de hacer conocer a otros cuán precioso amigo ha encontrado en Jesús; la verdad salvadora y santificadora no puede permanecer encerrada en el corazón. Si estamos revestidos de la justicia de Cristo y rebosamos de gozo por la presencia de su Espíritu, no podremos guardar silencio. Si hemos probado y visto que el Señor es bueno, tendremos algo

que decir a otros. Como Felipe cuando encontró al Salvador, invitaremos a otros a ir a él. Procuraremos hacerles presente los atractivos de Cristo y las invisibles realidades del mundo venidero. Anhelaremos ardientemente seguir en la senda que recorrió Jesús y desearemos que los que nos rodean puedan ver al "Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (S. Juan 1: 29). El Camino a Cristo, pp. 77, 78.

Martín Lutero arriesgó su vida alegremente enfrentándose al mundo entero y a la poderosa iglesia apóstata de sus días, porque él podía decir, al igual que Pablo decía "Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia" (Filipi. 1: 21). ¡Feliz hombre de Dios, Martín Lutero, que encontró la perla de gran precio, y con gozo vendió todo lo que tenía para poseerla! ¡Y felices todos los que hoy también dan todo a Dios y lo buscan de todo corazón, porque tarde o temprano lo encontrarán!, porque está escrito: "me buscaréis y me hallaréis, cuando me buscareis de todo vuestro corazón" (Jeremías 29: 13).

IV. JOHN WESLEY, GRAN SIERVO DE DIOS QUE ENCONTRÓ LA PAZ AL COMPRENDER LA SALVACIÓN POR LA FE EN CRISTO.

Al igual que Martín Lutero, John Wesley era un joven ferviente y consagrado, se entregaba por completo a Dios y le obedecía en todo lo que creía que era su deber, pero por su ignorancia de la verdadera experiencia cristiana, vivía atormentado, sin paz, sin la certeza de su salvación, con miedo de perderse, pero buscaba ardientemente una solución a su problema. Durante años este hombre buscó a Dios de todo su corazón, y al fin lo encontró y fue grande su gozo. Leamos algo de su inspiradora vida, tal como la relata el Testimonio de Jesucristo en el capítulo 15 del "Conflicto ...", "La Verdad Progresiva en Inglaterra":

"Cien años más tarde, en tiempos de tinieblas espirituales, aparecieron Whitefield y los Wesley como portadores de la luz de Dios. Bajo el régimen de la iglesia establecida, el pueblo de Inglaterra había llegado a un estado tal de decadencia, que apenas podía distinguirse del paganismo. La religión natural era el estudio favorito del clero y en él iba incluida casi toda su teología. La aristocracia hacía escarnio de la piedad y se jactaba de estar por sobre lo que llamaba su fanatismo, en tanto que el pueblo bajo vivía en la ignorancia y el vicio, y la iglesia no tenía valor ni fe para seguir sosteniendo la causa de la verdad ya decaída.

"**La gran doctrina de la justificación por la fe**, tan claramente enseñada por Lutero, se había perdido casi totalmente de vista, y ocupaban su lugar los principios del romanismo de confiar en las buenas obras para obtener la salvación. Whitefield y los Wesley, miembros de la iglesia establecida, buscaban con sinceridad el favor de Dios, que, según se les había enseñado, se conseguía por medio de una vida virtuosa y por la observancia de los ritos religiosos.

"En cierta ocasión en que Carlos Wesley cayó enfermo y pensaba que estaba próximo su fin, se le preguntó en qué fundaba su esperanza de la vida eterna. Su respuesta fue: "He hecho cuanto he podido por servir a Dios." Pero como el amigo que le dirigiera la pregunta no parecía satisfecho con la contestación, Wesley pensó: "¡Qué! ¿No son suficientes mis esfuerzos para fundar mi esperanza? ¿Me privaría de mis esfuerzos? No tengo otra cosa en que confiar." - Juan Whitehead, Life of the Rev. Charles Wesley, pág. 102. Tales eran las tinieblas que habían

caído sobre la iglesia, y ocultaban la expiación, despojaban a Cristo de su gloria y desviaban la mente de los hombres de su única esperanza de salvación: la sangre del Redentor crucificado.

“Wesley y sus compañeros fueron inducidos a reconocer que la religión verdadera tiene su asiento en el corazón y que la ley de Dios abarca los pensamientos lo mismo que las palabras y las obras. Convencidos de la necesidad de tener santidad en el corazón, así como de conducirse correctamente, decidieron seriamente iniciar una vida nueva. Por medio de esfuerzos diligentes acompañados de fervientes oraciones, se empeñaban en vencer las malas inclinaciones del corazón natural. Llevaban una vida de abnegación, de amor y de humillación, y observaban rigurosamente todo aquello que a su parecer podría ayudarles a alcanzar lo que más deseaban: una santidad que pudiese asegurarles el favor de Dios. Pero no lograban lo que buscaban. Vanos eran sus esfuerzos para librarse de la condenación del pecado y para quebrantar su poder. Era la misma lucha que había tenido que sostener Lutero en su celda del convento en Erfurt. Era la misma pregunta que le había atormentado el alma: "¿Cómo puede el hombre ser justo para con Dios?" (Job 9:2, V.M.)

“El fuego de la verdad divina que se había extinguido casi por completo en los altares del protestantismo, iba a prender de nuevo al contacto de la antorcha antigua que al través de los siglos había quedado firme en manos de los cristianos de Bohemia. Después de la Reforma, el protestantismo había sido pisoteado en Bohemia por las hordas de Roma. Los que no quisieron renunciar a la verdad tuvieron que huir. Algunos de ellos que se refugiaron en Sajonia guardaron allí la antigua fe, y de los descendientes de estos cristianos provino la luz que iluminó a Wesley y a sus compañeros.

“Después de haber sido ordenados para el ministerio, Juan y Carlos Wesley fueron enviados como misioneros a América. Iba también a bordo un grupo de moravos. Durante el viaje se desencadenaron violentas tempestades, y Juan Wesley, viéndose frente a la muerte, no se sintió seguro de estar en paz con Dios. Los alemanes, por el contrario, manifestaban una calma y una confianza que él no conocía.

"Ya mucho antes -dice él,- había notado yo el carácter serio de aquella gente. De su humildad habían dado pruebas manifiestas, al prestarse a desempeñar en favor de los otros pasajeros las tareas serviles que ninguno de los ingleses quería hacer, y al no querer recibir paga por estos servicios, declarando que era un beneficio para sus altivos corazones y que su amante Salvador había hecho más por ellos. Y día tras día manifestaban una mansedumbre que ninguna injuria podía alterar. Si eran empujados, golpeados o derribados, se ponían en pie y se marchaban a otro lugar; pero sin quejarse. Ahora se presentaba la oportunidad de probar si habían quedado tan libres del espíritu de temor como del de orgullo, ira y venganza. Cuando iban a la mitad del salmo que estaban entonando al comenzar su culto, el mar embravecido desgarró la vela mayor, anegó la embarcación, y penetró de tal modo por la cubierta que parecía que las tremendas profundidades nos habían tragado ya. Los ingleses se pusieron a gritar desafortunadamente. Los alemanes siguieron cantando con serenidad. Más tarde, pregunté a uno de ellos: '¿No tuvisteis miedo?' Y me dijo: 'No; gracias a Dios.' Volví a preguntarle: '¿No tenían temor las mujeres y los niños?' Y me contestó con calma: 'No; nuestras mujeres y nuestros niños no tienen miedo de morir.' " -Whitehead, op. cit., pág. 10.

“Al arribar a Savannah vivió Wesley algún tiempo con los moravos y quedó muy impresionado por su comportamiento cristiano. Refiriéndose a uno de sus servicios religiosos que contrastaba notablemente con el formalismo sin vida de la iglesia anglicana, dijo: "La gran sencillez y solemnidad del acto entero casi me hicieron olvidar los diecisiete siglos transcurridos, y me parecía estar en una de las asambleas donde no había fórmulas ni jerarquía, sino donde

presidía Pablo, el tejedor de tiendas, o Pedro, el pescador, y donde se manifestaba el poder del Espíritu." -Id., págs. 11, 12.

"Al regresar a Inglaterra, Wesley, bajo la dirección de un predicador moravo llegó a una inteligencia más clara de la fe bíblica. Llegó al convencimiento de que debía renunciar por completo a depender de sus propias obras para la salvación, y confiar plenamente en el "Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo." En una reunión de la sociedad morava, en Londres, se leyó una declaración de Lutero que describía el cambio que obra el Espíritu de Dios en el corazón del creyente. Al escucharlo Wesley, se encendió la fe en su alma. "Sentí -dice- calentarse mi corazón de un modo extraño." "Sentí entrar en mí la confianza en Cristo y en Cristo solo, para mi salvación; y fuéme dada plena seguridad de que había quitado mis pecados, sí, los míos, y de que me había librado a mí de la ley del pecado y de la muerte." -Id., pág. 52.

"Durante largos años de arduo y enojoso trabajo, de rigurosa abnegación, de censuras y de humillación, Wesley se había sostenido firme en su propósito de buscar a Dios. Al fin le encontró y comprobó que la gracia que se había empeñado en ganar por medio de oraciones y ayunos, de limosnas y sacrificios, era un don "sin dinero y sin precio." Una vez afirmado en la fe de Cristo, ardió su alma en deseos de esparcir por todas partes el conocimiento del glorioso Evangelio de la libre gracia de Dios. "Considero el mundo entero como mi parroquia -decía él,- y dondequiera que esté, encuentro oportuno, justo y de mi deber declarar a todos los que quieran oírlas, las alegres nuevas de la salvación." - Id., pág 74

"Siguió llevando una vida de abnegación y rigor, ya no como base sino como resultado de la fe; no como raíz sino como fruto de la santidad. La gracia de Dios en Cristo es el fundamento de la esperanza del cristiano, y dicha gracia debe manifestarse en la obediencia. Wesley consagró su vida a predicar las grandes verdades que había recibido: la justificación por medio de la fe en la sangre expiatoria de Cristo, y el poder regenerador del Espíritu Santo en el corazón, que lleva fruto en una vida conforme al ejemplo de Cristo". El Conflicto de los Siglos, cap. 15, pp.

Querido lector, no te desanimes si llevas ya años buscando la paz de Dios y aún no la has hallado. Sé lo que se siente cuando el tiempo pasa y uno se pregunta qué es lo que deberá hacer a fin de tener paz, a fin de hallar la salvación y dejar de fingir que uno ama a Dios cuando canta un himno, cuando la verdad es que quien no tiene paz con el Señor no puede amarlo, sino que siente terror de él, por causa de la barrera que levanta entre Dios y nosotros el hecho de considerarse perdido. Uno de los engaños más poderosos del diablo es la gran mentira de que no podemos salvarnos. Especialmente engaña así a los que llevan mucho tiempo en la iglesia profesando la fe, pero no encuentran paz con Dios, y entonces el diablo continuamente les dice que para ellos no hay esperanza, que el caso de ellos es el caso de quienes ya han pasado del límite de las trasgresiones y han pecado contra el Espíritu Santo. Si es tu caso, entonces presta atención a los siguientes párrafos inspirados:

"De los defectos de carácter se vale Satanás para intentar dominar la mente, y sabe muy bien que si se conservan estos defectos, lo logrará. De ahí que trate constantemente de engañar a los discípulos de Cristo con su fatal sofisma de que les es imposible vencer. Pero Jesús aboga en su favor con sus manos heridas, con su cuerpo quebrantado, y declara a todos los que quieran seguirlo: "Bástate mi gracia" (2 Cor. 12: 9). "Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras

almas, porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga" (Mat. 11: 29, 30). Nadie considere, pues, sus defectos como incurables. Dios concederá fe y gracia para vencerlos". Cristo en su Santuario, p. 137.

"Con tan preciosas promesas bíblicas delante de vosotros, ¿podéis dar lugar a la duda? ¿Podéis creer que cuando el pobre pecador desea volver, desea abandonar sus pecados, el Señor le impide decididamente que venga arrepentido a sus pies? **¡Fuera con tales pensamientos! Nada puede destruir más vuestra propia alma que tener tal concepto de vuestro Padre celestial.** El aborrece el pecado, mas ama al pecador, habiéndose dado, en la persona de Cristo, para que todos los que quieran puedan ser salvos y tener bendiciones eternas en el reino de gloria. ¿Qué lenguaje más tierno o más fuerte podría haberse empleado que el elegido por él para expresar su amor hacia nosotros? **El declara: "¿Se olvidará acaso la mujer de su niño mamante, de modo que no tenga compasión del hijo de sus entrañas? ¡Aún las tales le pueden olvidar; mas no me olvidaré yo de ti!"** (Isaías 49: 15).

"Alzad la vista los que vaciláis y tembláis; **porque Jesús vive para interceder por nosotros.** Agradeced a Dios por el don de su Hijo amado y pedid que no haya muerto en vano por vosotros. Su Espíritu os invita hoy. Id con todo vuestro corazón a Jesús y demandad sus bendiciones. Cuando leáis las promesas, recordad que son la expresión de un amor y una piedad inefables. El gran corazón de amor infinito se siente atraído hacia el pecador por una compasión ilimitada. "En quien tenemos redención por medio de su sangre, la remisión de nuestros pecados" (Efesios 1: 7). Sí, creed tan sólo que Dios es vuestro ayudador. El quiere restituir su imagen moral en el hombre. Acercaos a él con confesión y arrepentimiento y él se acercará a vosotros con misericordia y perdón". El Camino a Cristo, pp. 54, 55.

V. LA EXPERIENCIA DE JOHN BUNYAN Y SU MARAVILLOSA ALEGORÍA DE "EL PROGRESO DEL PEREGRINO".

Otro gran siervo de Dios que conmovió Inglaterra un tiempo antes de John Wesley, fue John Bunyan. Este hombre que encontró a Cristo, tuvo que pasarse 11 años de su vida en una espantosa cárcel, porque la iglesia oficial, establecida en unión con el gobierno inglés, no toleraba a los predicadores fieles. Pero su obra no quedó sin fruto, pues durante los años que pasó en la cárcel se dedicó a escribir, y así hizo una excelente contribución al avance de la verdad. Del fiel hermano Bunyan el Testimonio de Jesús nos dice:

"Otra vez, como en los tiempos apostólicos, la persecución contribuyó al progreso del Evangelio. En una asquerosa mazmorra atestada de reos y libertinos, Juan Bunyan respiró el verdadero ambiente del cielo y escribió su maravillosa alegoría del viaje del peregrino de la ciudad de destrucción a la ciudad celestial. Por más de doscientos años aquella voz habló desde la cárcel de Bedford con poder penetrante a los corazones de los hombres. "El Viador", y "La gracia abundante para el mayor de los pecadores" han guiado a muchos por el sendero de la vida eterna". El Conflicto de los siglos, p. 295.

¿Cuál es ese libro titulado "El Viador"? Si vamos a la versión original escrita en inglés por la hna. White, dice así: "The Pilgrim Progress", o sea "El Progreso del Peregrino", el tan conocido libro de Bunyan en todo el mundo cristiano. Mediante una mala traducción, se ha

impedido que muchos lectores de habla hispana del “Conflicto de los siglos” se den cuenta de cuál libro se está hablando.

En ese librito excelente, elogiado por el mismo Señor Jesucristo, Bunyan describe su propia experiencia de conversión. Y a pesar de contener un error doctrinal muy común en sus días (Bunyan creía, erróneamente, que al morir vamos directamente al cielo o al infierno), ese libro “ha guiado a muchos por el sendero de la vida eterna”, por el hecho de que presenta la verdadera experiencia del cristiano que encuentra la salvación por la fe en Cristo Jesús, que era la experiencia del propio Bunyan.

Seleccionemos algunos breves párrafos de su bendito libro alegórico:

“Caminando iba yo por el desierto de este mundo, cuando me encontré en un paraje donde había una cueva; busqué refugio en ella fatigado, y habiéndome quedado dormido, tuve el siguiente sueño: Vi un hombre en pie, cubierto de andrajos, vuelto de espaldas a su casa, con una pesada carga sobre sus hombros y un libro en sus manos. Fijando en él mi atención, vi que abrió el libro y leía en él, y según iba leyendo, lloraba y se estremecía, hasta que, no pudiendo ya contenerse más, lanzó un doloroso quejido y exclamó: — ¿Qué es lo que debo hacer?”

En este estado regresó a su casa, procurando reprimirse todo lo posible para que su mujer y sus hijos no se apercibiesen de su dolor. Mas no pudiendo por más tiempo disimularlo, porque su mal iba en aumento, se descubrió a ellos y les dijo: —Queridísima esposa mía, y vosotros, hijos de mi corazón; yo, vuestro amante amigo, me veo perdido por razón de esta carga que me abrumba. Además, sé ciertamente que nuestra ciudad va a ser abrasada por el fuego del cielo, y todos seremos envueltos en catástrofe tan terrible si no hallamos un remedio para escapar, lo que hasta ahora no he encontrado”. (El Progreso del Peregrino, cap. 1).

Ese libro que aparece en las manos del hombre descrito no es otro sino la Biblia, y el hombre representa a un verdadero cristiano, que al leer la palabra de Dios queda convencido de su pecaminosidad y de su condición perdida ante Dios. Recordemos que ésa es precisamente la obra del Espíritu Santo: “Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio” – Juan 16:8. Dicha convicción se transforma en una carga dolorosa en la conciencia de todo verdadero y honesto creyente, que Bunyan describe en su libro como un fardo pesado atado a su espalda, que le impedía caminar con facilidad y le resultaba casi insoportable. El relato es muy interesante, y cuenta las vicisitudes del pobre peregrino, que habiendo huido del mundo, buscaba la santidad y la salvación en Cristo, pero le llevó un tiempo encontrar la verdad salvadora, un tiempo de mucho dolor y agonía. Finalmente la encontró, al comprender el verdadero significado del sacrificio de Cristo por nosotros, y el pesado fardo cayó de sus hombros, después de lo cual el peregrino siguió su marcha mucho más feliz y con paso libre. Encontró a Cristo y fue librada su alma. Halló la salvación, y se gozó en el Señor. Aprendió a ejercer la fe, y tuvo paz con Dios. Y de allí en adelante nunca más el fardo volvió a sus espaldas, porque habiendo encontrado el buen camino, no se olvidó de él, hasta que finalmente llegó a la Ciudad Celestial que con tanto afán buscaba.

Cuando yo leí “El Progreso del Peregrino”, me gocé por el hecho de encontrar una ilustración tan sencilla y conmovedora de la verdadera experiencia cristiana, experiencia que hoy

muy pocos, poquísimos cristianos conocen. Pero es precisamente ésa experiencia la que tantos hoy necesitan, si quieren ser salvos y entrar un día por las puertas de la Nueva Jerusalén celestial. El inspirado librito “El camino a Cristo” nos presenta una preciosísima instrucción semejante a la de Bunyan:

Capítulo 6: Maravillas obradas por la Fe.

“A MEDIDA que vuestra conciencia ha sido vivificada por el Espíritu Santo habéis visto algo de la perversidad del pecado, de su poder, su culpa, su miseria; y lo miráis con aborrecimiento. Veis que el pecado os ha separado de Dios y que estáis bajo la servidumbre del poder del mal. Cuanto más lucháis por escaparos, tanto más comprendéis vuestra impotencia. Vuestros motivos son impuros, vuestro corazón está corrompido. Veis que vuestra vida ha estado colmada de egoísmo y pecado. Ansíais ser perdonados, limpiados y libertados. ¿Qué podéis hacer para obtener la armonía con Dios y la semejanza a él?

“Lo que necesitáis es paz: el perdón, la paz y el amor del cielo en el alma. No se los puede comprar con dinero, la inteligencia no los puede obtener, la sabiduría no los puede alcanzar; nunca podéis esperar conseguirlos por vuestro propio esfuerzo. Mas Dios os lo ofrece como un don, "sin dinero y sin precio" (Isaías 55: 1). Son vuestros, con tal que extendáis la mano para tomarlos. El Señor dice: "¡Aunque vuestros pecados fuesen como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque fuesen rojos como el carmesí, como lana quedarán!" (Isaías 1: 18) "También os daré un nuevo corazón, y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros" (Ezequiel 36: 26).

“Habéis confesado vuestros pecados y los habéis quitado de vuestro corazón. Habéis resuelto entregaros a Dios. Id pues a él y pedidle que os limpie de vuestros pecados y os dé un corazón nuevo. Creed que lo hará porque lo ha prometido. Esta es la lección que Jesús enseñó durante el tiempo que estuvo en la tierra: que debemos creer que recibimos el don que Dios nos promete y que es nuestro. Jesús sanaba a los enfermos cuando tenían fe en su poder; les ayudaba con las cosas que podían ver, inspirándoles así confianza en él tocante a las cosas que no podían ver, induciéndolos a creer en su poder de perdonar pecados. Establece esto claramente en el caso del paralítico: "Mas para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra de perdonar pecados (dijo entonces al paralítico): ¡Levántate, toma tu cama y vete a tu casa!" (S. Mateo 9: 6). Así también Juan el evangelista, al hablar de los milagros de Cristo, dice: "Estas empero han sido escritas, para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo, tengáis vida en su nombre" (S. Juan 20: 31).

“Del simple relato de la Biblia de cómo Jesús sanaba a los enfermos podemos aprender algo acerca del modo de ir a Cristo para que nos perdona nuestros pecados. Veamos ahora el caso del paralítico de Betesda. Este pobre enfermo estaba imposibilitado; no había usado sus miembros por treinta y ocho años. Con todo, Jesús le dijo: "¡Levántate, alza tu camilla, y anda!" El paralítico podría haber dicho: "Señor, si me sanas primero, obedeceré tu palabra". Pero no; creyó a la palabra de Cristo, creyó que estaba sano, e hizo el esfuerzo en seguida; quiso andar y anduvo. Confió en la palabra de Cristo y Dios le dio el poder. Así quedó completamente sano.

“Así también tú eres pecador. No puedes expiar tus pecados pasados, no puedes cambiar tu corazón y hacerte santo. Mas Dios promete hacer todo esto por ti mediante Cristo. Crees en esa promesa. Confiesas tus pecados y te entregas a Dios. Quieres servirle. Tan ciertamente como haces esto, Dios cumplirá su palabra contigo. Si crees la promesa, si crees que estás perdonado y limpiado, Dios suplirá el hecho; estás sano, tal como Cristo dio potencia al paralítico para andar cuando el hombre creyó que había sido sanado. Así es si así lo crees.

"No esperes sentir que estás sano, mas di: "Lo creo; así es, no porque lo sienta, sino porque Dios lo ha prometido".

"Dice Jesús: "Todo cuanto pidieréis en la oración, creed que lo recibisteis ya; y lo tendréis" (S. Marcos 11: 24). Hay una condición en esta promesa: que pidamos conforme a la voluntad de Dios. Pero es la voluntad de Dios limpiarnos de pecado, hacernos hijos suyos y ponernos en actitud de vivir una vida santa. De modo que podemos pedir a Dios estas bendiciones, creer que las recibimos y agradecerle por haberlas recibido. Es nuestro privilegio ir a Jesús para que nos limpie, y estar en pie delante de la ley sin confusión ni remordimiento. "Así que ahora, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu" (Romanos 8: 1). 52

"De modo que ya no sois vuestros; porque comprados sois por precio. "Sabido que fuisteis redimidos, . . . no con cosas corruptibles, como plata y oro, sino con preciosa sangre, la de Cristo, como de un cordero sin defecto e inmaculado". (1 S. Pedro 1: 18, 19) Por el simple hecho de creer en Dios, el Espíritu Santo ha engendrado una vida nueva en vuestro corazón. Sois como un niño nacido en la familia de Dios, y él os ama como a su Hijo.

"Ahora bien, ya que os habéis consagrado a Jesús, no volváis atrás, no os separéis de él, mas todos los días decid: "Soy de Cristo; pertenezco a él"; y pedidle que os dé su Espíritu y que os guarde por su gracia. Puesto que es consagrándoos a Dios y creyendo en él como sois hechos sus hijos, así también debéis vivir en él. Dice el apóstol: "De la manera, pues que recibisteis a Cristo Jesús el Señor, así andad en él" (Colosenses 2: 6). (El Camino a Cristo, pp. 49 – 52)

Sí, querido hermano: puedes y debes tener la certeza de tu salvación por la fe en Cristo **ahora y ya**. Es tu privilegio echar mano de la vida eterna sin demora (1ª Tim 6:12), Dios nunca quiso que nuestra experiencia esté continuamente envuelta en dudas y temores:

"Es Dios el que circuncida el corazón. Toda la obra es del Señor de principio a fin. El pecador que perece puede decir: "Soy un pecador perdido, pero Cristo vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. El dice: 'No he venido a llamar a justos, sino a pecadores" (Mar. 2: 17), Soy pecador y Cristo murió en la cruz del Calvario para salvarme. No necesito permanecer un solo momento más sin ser salvado. El murió y resucitó para mi justificación y me salvará ahora. Acepto el perdón que ha prometido". E. de White, Mensajes Selectos, tomo 1, p. 459

VI. LA EXPERIENCIA DE CONVERSIÓN DE GUILERMO MILLER.

Guillermo Miller fue el gran siervo de Dios que el Señor utilizó para dar comienzo al movimiento adventista en los Estados Unidos, que pronto se extendió a todo el mundo, llevando las buenas nuevas de la inminente segunda venida de Cristo. Pero antes de convertirse en predicador, Miller necesitó convertirse en un hijo de Dios, salvo en Cristo por la fe, pues hasta los treinta y cuatro años no había sido un creyente, y desconfiaba de la inspiración de la Palabra de Dios. Leamos algo de su notable experiencia:

"Pero a la edad de treinta y cuatro, el Espíritu Santo obró en su corazón y le hizo sentir su condición de pecador. No hallaba en su creencia anterior seguridad alguna de dicha para

más allá de la tumba. El porvenir se le presentaba sombrío y tétrico. Refiriéndose años después a los sentimientos que le embargaban en aquel entonces, dijo:

"El pensar en el aniquilamiento me helaba y me estremecía, y el tener que dar cuenta me parecía entrañar destrucción segura para todos. El cielo antojábaseme de bronce sobre mi cabeza, y la tierra hierro bajo mis pies. La eternidad - ¿qué era? y la muerte ¿por qué existía? Cuanto más discurría, tanto más lejos estaba de la demostración. Cuanto más pensaba, tanto más divergentes eran las conclusiones a que llegaba. Traté de no pensar más; pero ya no era dueño de mis pensamientos. Me sentía verdaderamente desgraciado, pero sin saber por qué. Murmuraba y me quejaba, pero no sabía de quién.

"Sabía que algo andaba mal, pero no sabía ni donde ni cómo encontrar lo correcto y justo. Gemía, pero lo hacía sin esperanza."

"En ese estado permaneció varios meses. "De pronto - dice,- el carácter de un Salvador se grabó hondamente en mi espíritu. Me pareció que bien podía existir un ser tan bueno y compasivo que expiara nuestras transgresiones, y nos librara así de sufrir la pena del pecado. Sentí inmediatamente cuán amable había de ser este alguien, y me imaginé que podría yo echarme en sus brazos y confiar en su misericordia. Pero surgió la pregunta: ¿cómo se puede probar la existencia de tal ser? Encontré que, fuera de la Biblia, no podía obtener prueba alguna de la existencia de semejante Salvador, o siquiera de una existencia futura....

"Discerní que la Biblia presentaba precisamente un Salvador como el que yo necesitaba; pero no veía cómo un libro no inspirado pudiera desarrollar principios tan perfectamente adaptados a las necesidades de un mundo caído. Me vi obligado a admitir que las Sagradas Escrituras debían ser una revelación de Dios. Llegaron a ser mi deleite; y encontré en Jesús un amigo. El Salvador vino a ser para mí el más señalado entre diez mil; y las Escrituras, que antes eran oscuras y contradictorias, se volvieron entonces antorcha a mis pies y luz a mi senda. Mi espíritu obtuvo calma y satisfacción. Encontré que el Señor Dios era una Roca en medio del océano de la vida. La Biblia llegó a ser entonces mi principal objeto de estudio, y puedo decir en verdad que la escudriñaba con gran deleite. Encontré que no se me había dicho nunca ni la mitad de lo que contenía. Me admiraba de que no hubiese visto antes su belleza y magnificencia, y de que hubiese podido rechazarla. En ella encontré revelado todo lo que mi corazón podía desear, y un remedio para toda enfermedad del alma. Perdí enteramente el gusto por otra lectura, y me apliqué de corazón a adquirir sabiduría de Dios." -S. Bliss, *Memoirs of Wm. Miller*, págs. 65 - 67. *El Conflicto de los siglos*, pp. 364, 365.

Guillermo Miller, antes incrédulo, afirmó su fe en la Palabra de Dios porque encontró en Cristo el Salvador que precisamente necesitaba. Ciertamente no existe otra religión en el mundo que presente exactamente lo que el ser humano necesita para tener verdadera paz con Dios, fuera de la enseñanza pura de la Biblia. A todo aquel que busque con honestidad la verdad, le será revelada por el Espíritu Santo, y encontrará en Cristo un Salvador que le dará la paz que necesita, tan ciertamente como lo encontró Miller, aunque puede llevarle un tiempo, como siempre ocurre; pero si perseveramos en la búsqueda, finalmente lo hallaremos, y el gozo de encontrar a Cristo será tan grande, que comprenderemos que valió la pena todo el sacrificio hecho al buscarlo. Créeme, querido lector, que las experiencias aquí relatadas son verdaderas, porque yo mismo también lo he experimentado así, y sé cuán grande Salvador es Cristo Jesús para todo pecador que lo busca de todo corazón, y que persevera hasta hallarlo.

Vayamos ahora a una experiencia muy notable de una niña que edad muy temprana tuvo un auténtico encuentro con Cristo: Elena Harmon.

VII. LA NIÑA ELENA HARMON Y SU ENCUENTRO CON CRISTO EL SEÑOR.

Elena Harmon, quien a los trece años halló su salvación en Cristo, no es otra sino la que después se convirtió en Elena de White, al casarse con Jaime White, otro siervo de Dios realmente convertido. Y fue precisamente Guillermo Miller el instrumento escogido por el Señor para llevar a esta jovencita a la convicción de pecado del Espíritu Santo, lo que a su vez la llevó a los pies del Señor Jesús. Leamos esta interesantísima experiencia:

“EN MARZO DE 1840, Guillermo Miller visitó la ciudad de Portland, Maine, y dio su primera serie de conferencias acerca de la segunda venida de Cristo. Estas conferencias causaron gran sensación, por lo que la iglesia cristiana situada en la calle Casco, donde predicaba el Sr. Miller, se encontraba repleta todas las noches. En esas reuniones no había nada de agitación descontrolada, sino una profunda solemnidad que invadía las mentes de los que escuchaban sus conferencias. No sólo se manifestó un interés notable en la ciudad, sino también los que vivían en el campo acudían todos los días llevando sus canastos con comida para quedarse desde la mañana hasta la última reunión de la noche.

“Asistí a esas reuniones en compañía de mis amigas y escuché el asombroso anuncio de que Cristo vendría en 1843, fecha que se encontraba a sólo pocos años en el futuro. El Sr. Miller explicaba las profecías con una exactitud que despertaba convicción en los corazones de sus oyentes. Hablaba ampliamente de los períodos proféticos y presentaba muchas pruebas en apoyo de su posición. Sus solemnes y enérgicas súplicas y amonestaciones para los que no se encontraban preparados mantenían fascinadas a las multitudes.

“Se realizaron reuniones especiales en las que los pecadores tenían la oportunidad de buscar a su Salvador y prepararse para los tremendos acontecimientos que pronto sucederían. El terror y la convicción sobrecogieron a la ciudad entera. Se llevaron a cabo reuniones de oración y se produjo un despertar general entre las diversas denominaciones, porque todas experimentaron en mayor o menor grado la influencia emanada de la enseñanza de la proximidad de la venida de Cristo.

“Cuando se invitó a los pecadores a pasar adelante y a ocupar los asientos especiales reservados para las personas con sentimientos de culpa y deseosas de recibir ayuda espiritual, cientos respondieron a las invitaciones, y yo, juntamente con los demás, me adelanté trabajosamente abriéndome paso entre la multitud y ocupe mí lugar con los que buscaban ayuda. Pero abrigaba en mi corazón el sentimiento de que nunca sería digna de ser llamada hija de Dios. La falta de confianza en mí misma y la convicción de que sería imposible hacer que otros comprendieran mis sentimientos, me impedía buscar consejo y ayuda de mis amigos cristianos. Debido a eso anduve extraviada innecesariamente en tinieblas y desesperación, mientras ellos, que no habían penetrado mi reserva, desconocían completamente cuál era mi verdadera condición.

“Una noche mi hermano Roberto y yo volvíamos a casa después de asistir a la última reunión del día, luego de escuchar un sermón sumamente impresionante acerca del reino de

Cristo que se aproximaba a este mundo, seguido de una fervorosa y solemne invitación a los cristianos y pecadores en la que se los urgía a prepararse para el juicio y la venida del Señor. Lo que escuché había agitado mis sentimientos. Mi sensación de culpabilidad era tan profunda que temía que el Señor no se compadecería de mí esa noche y no me permitiría llegar a mi hogar sin castigarme.

“Estas palabras continuaban resonando en mis oídos: “¡El día grande de Jehová está cercano! ¿Quién podrá estar en pie cuando él se manifieste?” El ruego que surgía en mi corazón era: ¡No me destruyas, oh Señor, durante la noche! ¡No me quites mientras permanezco en mis pecados, sino que ten piedad de mí y sálvame!” Por primera vez procuré explicar mis sentimientos a mi hermano Roberto, quien era dos años mayor que yo. Le dije que no me atrevía a descansar ni dormir hasta tener la seguridad de que Dios había perdonado mis pecados.

“Mi hermano no contestó en seguida, y pronto comprendí cuál era la causa de su silencio; estaba llorando por simpatía con mi aflicción. Esto me animó a confiar más aún en él ya contarle que había deseado la muerte en los días cuando la vida me parecía ser una carga tan pesada que no podía llevarla. Pero ahora, el pensamiento de que podría morir en mi actual condición pecadora y perderme para la eternidad, me llenaba de terror. Le pregunté si él pensaba que Dios estaría dispuesto a perdonarme la vida durante esa noche, si yo la pasaba en angustiosa oración. Me contestó:

“Estoy convencido que él lo hará si se lo pides con fe. Oraré por ti y por mí mismo. Elena, no olvides nunca las palabras que hemos escuchado esta noche.

“Después de haber regresado a casa, pasé la mayor parte de la noche en oración y lágrimas. Una razón que me inducía a ocultar mis sentimientos a mis amigos, era que temía escuchar palabras desalentadoras. Mi esperanza era tan tenue, y mi fe tan débil, que temía que si otra persona llegaba a expresar una opinión que concordara con la mía, eso me haría caer en la desesperación. Sin embargo, anhelaba que alguien me dijera qué debía hacer para ser salva, y cuáles pasos debía dar para encontrarme con mi Salvador y entregarme sin reservas al Señor. Consideraba un gran privilegio ser cristiana y sentía que eso requería un esfuerzo especial de mi parte.

“Mi mente permaneció en esta condición durante meses. Usualmente asistía a las reuniones metodistas con mis padres; pero después de interesarme en la pronta venida de Cristo, había comenzado a asistir a las reuniones que se realizaban en la calle Casco.

“Mis padres asistieron el verano siguiente a las reuniones campestres de reavivamiento espiritual realizadas en Buxton, Maine, y me llevaron con ellos. Había tomado la firme resolución de buscar fervientemente al Señor en ese lugar, y obtener, si ello era posible, el perdón de mis pecados. Tenía en mi corazón el gran anhelo de recibir la esperanza cristiana y la paz producidas por el acto de creer.

“Sentí mucho ánimo al escuchar en un sermón estas palabras:

“Entraré a ver al rey” y “si perezco, que perezca”. El orador hizo referencia a los que vacilan entre la esperanza y el temor, anhelando ser salvos de sus pecados y recibir el amor perdonador de Cristo, y sin embargo manteniéndose en la duda y esclavitud debido a la timidez y al temor al fracaso. Aconsejó a tales personas que se entregaran a Dios y que confiaran sin tardanza en su misericordia. Encontrarían a un Salvador lleno de gracia, así como Asuero ofreció a Ester la señal de su favor. Lo único que se requería del pecador que temblaba ante la presencia de su

Señor, era extender la mano de la fe y tocar el cetro de su gracia. Ese toque aseguraba el perdón y la paz.

“Los que esperaban hacerse más dignos del favor divino antes de atreverse a reclamar para sí mismos las promesas de Dios, estaban cometiendo un error fatal. Únicamente Jesús limpia del pecado; sólo él puede perdonar nuestras transgresiones. Él ha prometido escuchar la petición y contestar la oración de los que se allegan a él con fe. Muchos tenían la vaga idea de que debían realizar algún esfuerzo especial para ganar el favor de Dios. Pero toda dependencia de uno mismo es inútil. El pecador se convierte en hijo de Dios creyente y esperanzado, solamente relacionándose con Jesús mediante la fe. Estas palabras me reconfortaron y me dieron una idea de lo que debía hacer para alcanzar la salvación.

“Después de eso empecé a ver con mayor claridad mi camino, y las tinieblas comenzaron a disiparse. Busqué definitivamente el perdón de mis pecados y me esforcé para entregarme por completo al Señor. Pero con frecuencia sentía gran angustia mental porque no experimentaba el éxtasis espiritual que pensaba que sería la evidencia de mi aceptación por parte de Dios, y no me atrevía a considerarme convertida sin haberla tenido. ¡Cuán necesitada de instrucción estaba acerca de la sencillez de esto!

“Mientras me encontraba postrada frente al altar con los demás que buscaban al Señor, las únicas palabras que brotaban de mi corazón eran: “¡Ayúdame, Jesús; sálvame porque perezco! ¡No dejaré de pedir hasta que escuches mi oración y perdones mis pecados!” Sentí como nunca antes mi condición necesitada y sin esperanza. Mientras me encontraba arrodillada y en oración, repentinamente desapareció mi angustia y sentí el corazón aligerado. Al comienzo me sobrecogió un sentimiento de alarma y procuré sumergirme nuevamente en la angustia. Me parecía que no tenía derecho a sentir gozo y felicidad. Pero sentía que Jesús estaba muy cerca de mí; tuve la sensación de que podía acudir a él con todas mis preocupaciones, infortunios y pruebas, así como los necesitados iban a él cuando estaba en este mundo. Experimenté la seguridad en mi corazón de que él comprendía mis pruebas peculiares y simpatizaba conmigo. Nunca olvidaré la admirable seguridad de la tierna compasión de Jesús por alguien tan indigna de ser tomada en cuenta por él. Aprendí más del carácter divino de Cristo en ese corto período cuando me encontraba postrada con los que oraban, que en cualquier tiempo pasado.

“Una piadosa hermana se acercó a mí y me preguntó: ‘Querida niña, ¿has encontrado a Jesús? Estaba por contestarle positivamente, cuando ella exclamó: ‘¡Verdaderamente lo has encontrado, porque su paz está contigo, y puedo verlo en tu rostro!’ Me pregunté repetidas veces: ‘¿Puede esto ser religión? ¿No estaré equivocada?’ Me parecía algo sobremana excelente para pretender poseerlo, y un privilegio demasiado elevado. Aunque era excesivamente tímida para confesarlo en público, sentí que el Salvador me había bendecido y perdonado.

“La serie de reuniones concluyó poco después, por lo que regresamos a casa. Yo tenía la mente llena con los sermones, las exhortaciones y las oraciones que habíamos escuchado. Ahora parecía que todo había cambiado en la naturaleza. Las nubes y la lluvia habían predominado una buena parte del tiempo durante las reuniones, y mis sentimientos habían estado en armonía con el tiempo. En cambio ahora el sol brillaba con gran esplendor e inundaba la tierra con su luz y calor. Los árboles y la hierba eran de un verde intenso y el cielo tenía un azul más profundo. La tierra parecía sonreír bajo la paz de Dios. Así también los rayos del Sol de Justicia habían penetrado a través de las nubes y las tinieblas de mi mente y disipado la

melancolía que había sentido durante tanto tiempo.

“Tenía la sensación de que todos estaban en paz con Dios y animados por el Espíritu Santo. Todo lo que veía parecía haber experimentado un cambio. Los árboles eran más hermosos y los cantos de las avecillas más dulces que antes, y parecían alabar al Creador con sus trinos. No me atrevía a hablar, porque temía que con eso desapareciera la felicidad que sentía y se perdiera la preciosa evidencia del amor de Jesús hacia mí”. Testimonios para la Iglesia, tomo 1, pp. 19 - 24.

“Por sus frutos los conoceréis” (Mateo 7:16), dice la palabra de Dios. Éste era el fruto del trabajo de Miller como predicador: auténticas experiencias de conversión. Y fue precisamente esto lo que ayudó a los que sufrieron el chasco del 22 de Octubre de 1844 a continuar creyendo que lo de Miller no fue un engaño. El Espíritu Santo había obrado poderosamente a través de su siervo G. Miller, y los que se habían beneficiado encontrando a Cristo, no podían negar que su obra llevaba el sello del Señor.

La niña Elena Harmon encontró a Cristo a la temprana edad de los trece años. Ciertamente Dios la estaba preparando para la grande obra que le tenía reservada: la obra de ser su mensajera durante más de setenta años para el pueblo de Dios, tratando de guiar a una iglesia en formación por el camino que la conduzca a la Ciudad Celestial. Y ciertamente aún hoy necesitamos estudiar con fervor sus escritos, pues son la luz que Dios en su gran misericordia nos ha extendido, y por no haberlos obedecido es que aún estamos sufriendo en este mundo de pecado y dolor.

La experiencia de auténtica conversión que Elena tuvo en tan precoz edad, dejó en ella una impresión imborrable, tanto por su vida espiritual, como por el recuerdo del gran reavivamiento traído por las predicaciones del siervo de Dios, Guillermo Miller. Muchos años después, ella recordaba aquel tiempo con las siguientes palabras:

“Entre todos los grandes movimientos religiosos habidos desde los días de los apóstoles, ninguno resultó más libre de imperfecciones humanas y engaños de Satanás que el del otoño de 1844. Ahora mismo, después del transcurso de muchos años, todos los que tomaron parte en aquel movimiento y han permanecido firmes en la verdad, sienten aún la santa influencia de tan bendita obra y dan testimonio de que ella era de Dios”. (Esto se escribía hacia 1885). El Conflicto de los Siglos, p. 453.

VIII. LA TRASCENDENTE EXPERIENCIA DE E. J. WAGGONER, Y EL MENSAJE DE MINNEÁPOLIS.

Tal vez hayas sentido hablar del Dr. Ellet J. Waggoner, uno de los predicadores que hicieron historia en el Congreso de la A. General de Minneápolis, en 1888, junto a Alonzo T. Jones. Ambos llevaron al congreso un precioso mensaje, la maravillosa verdad de la justificación por la fe, expresada mejor que nadie hasta ese tiempo dentro de la iglesia adventista, y muy bien entrelazada con el mensaje de los tres ángeles de Apoc 14: 6 – 13. Pero prácticamente la única persona que los apoyó fue la sierva del Señor E. de White, porque todos los dirigentes rechazaron el mensaje, como si fuese un engaño. Pero el mensaje era fiel, el Señor lo había enviado, y su rechazo fue un gravísimo error y pecado de

tristísimas consecuencias. Porque en Minneápolis no se rechazó simplemente una nueva teoría interesante presentada por un par de jóvenes entusiastas, sino el Evangelio eterno de Jesucristo, que Dios envió como paso preparatorio ¡PARA RECIBIR ENSEGUIDA LA LLUVIA TARDÍA!

Pero el Dr. Waggoner era un siervo de Dios, y cuando predicaba la justificación por la fe, estaba haciendo algo más que predicar una simple doctrina de la que estaba muy convencido: estaba presentando su propia experiencia personal con el Señor, estaba testificando de lo que había visto y oído, algo que le era familiar, y que le sería imposible de negar, así como a todo verdadero discípulo de Cristo que ha tenido un verdadero encuentro con Él y nacido de nuevo por la obra del Espíritu Santo.

“Hay una prueba que está al alcance de todos, del más educado y del más ignorante, la prueba de la experiencia. Dios nos invita a probar por nosotros mismos la realidad de su Palabra, la verdad de sus promesas. El nos dice: 'Gustad y ved que Jehová es bueno' (Salmos 34: 8). En vez de depender de las palabras de otro, tenemos que probar por nosotros mismos. Dice: 'Pedid, y recibiréis' (S. Juan 16: 24). Sus promesas se cumplirán. Nunca han faltado; nunca pueden faltar. Y cuando seamos atraídos a Jesús y nos regocijemos en la plenitud de su amor, nuestras dudas y tinieblas desaparecerán ante la luz de su presencia. El apóstol Pablo dice que Dios "nos ha libertado de la potestad de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino del Hijo de su amor" (Colosenses 1: 13). Y todo aquel que ha pasado de muerte a vida "ha puesto su sello a esto, que Dios es veraz" (S. Juan 3: 33). Puede testificar: "Necesitaba auxilio y lo he encontrado en Jesús. Fueron suplidas todas mis necesidades, fue satisfecha el hambre de mi alma y ahora la Biblia es para mí la revelación de Jesucristo. ¿Me preguntáis por qué creo en Jesús? Porque es para mí un Salvador divino. ¿Por qué creo en la Biblia? Porque he hallado que es la voz de Dios para mi alma". Podemos tener en nosotros mismos el testimonio de que la Biblia es verdadera y de que Cristo es el Hijo de Dios. Sabemos que no estamos siguiendo fábulas astutamente imaginadas.” El camino a Cristo, pp. 113, 114.

Leamos algo acerca de la experiencia de conversión del Dr. Waggoner a Cristo, y recordemos que fue auténtica, pues el testimonio de Jesucristo ha dado testimonio en su favor:

“Durante el otoño de 1882, a los 27 años de edad, E.J. Waggoner tuvo una experiencia que más tarde describiría como “el punto crucial” en su vida. Estando sentado en una carpa, en una reunión campestre sostenida en una tarde lluviosa en Healdsburg, California, mientras oía a E. White predicar el evangelio, se vio súbitamente rodeado por una luz indescriptible que iluminaba la carpa como si el propio sol estuviese brillando en su esplendor allí dentro. Tuvo una clara “revelación de Cristo crucificado” por él. Escribió posteriormente que por primera vez en su vida le fue revelado que Cristo le amaba, que se había dado por él personalmente, que todo fue por él. La luz que en aquel día brilló sobre él, procedente de la cruz de Cristo, se convirtió en la guía de todo su estudio de la Biblia. Resolvió dedicar el resto de su vida a descubrir el mensaje del amor de Dios hacia los pecadores individuales, tal como se lo encuentra en las páginas de la Escritura, y a aclararlo a otros (Carta de Waggoner a E. White, 22 octubre 1900).

“En la primavera de 1883 Waggoner recibió el llamado a asistir a su padre en la edición de *Signs of the Times*, y pronto comenzó a dar clases en el seminario de Healdsburg, así como a ejercer de pastor en la iglesia de Oakland. Fue allí, en 1884, donde se encontró con A.T. Jones,

quien también vino a ser editor asistente de *Signs of the Times*, dio también clases en el seminario y fue pastor de la iglesia de San Francisco. En septiembre de 1884, Waggoner había abordado el tema de Gálatas en una serie de artículos en *Signs of the Times*. No sólo expuso el tema de la ley en Gálatas, sino que escribió referente a los dos pactos, temas ambos que eran parte central en su comprensión de la justicia por la fe. Mientras que Waggoner continuaba compartiendo esas verdades en sus clases, sermones y artículos en *Signs of the Times*, se suscitó una fuerte oposición. En 1886, G.I. Butler, presidente de la Asociación General, y Uriah Smith, editor de *Review and Herald*, orquestaron hasta donde les fue posible, una protesta unida contra las enseñanzas de Waggoner. Butler procuró incluso el respaldo de E. White a fin de poner fin a lo que él consideraba como grave herejía.

“Para cuando tuvo lugar la asamblea de la Asociación General en Minneapolis, en 1888, esa oposición se había extendido a la práctica totalidad de la dirección de la Iglesia. No es de extrañar que, cuando E. White respaldó las presentaciones de Waggoner sobre la justicia por la fe en la asamblea, incluyendo tanto la ley en Gálatas como los pactos, muchos comenzaron a cuestionar el don profético de E. White. Años más tarde, ella declaró enfáticamente que fue “el Señor [quien] envió un preciosísimo mensaje a su pueblo por medio de los pastores Waggoner y Jones”, “en su gran misericordia”. Añadió que “este es el mensaje que Dios ordenó que fuera dado al mundo. Es el mensaje del tercer ángel, que ha de ser proclamado en alta voz y acompañado por el abundante derramamiento de su Espíritu” (*Testimonios para los ministros*, p. 91 y 92). (Robert Wieland, introducción a “*El Pacto Eterno*”, de E.J. Waggoner)

A esta altura de la historia, querido lector, te habrás preguntado más de una vez: ¿porqué Cristo no ha venido aún a esta tierra? ¿Porqué tanta demora? ¿Porqué la iglesia no ha recibido aún el poder prometido para iluminar la tierra con la gloria de Dios (Apoc 18:4), y así terminar la obra de Dios en la tierra con gran poder, y permitir el regreso del Señor de una vez? (ver Mateo 24:14). ¿Porqué no hemos recibido aún la lluvia tardía del Espíritu Santo? ¿Qué necesitaremos hacer para que venga la lluvia sobre los adventistas fieles, y así se levante un ejército de fieles con poder en el mundo?

Muchos adventistas se sienten inquietos, y algo frustrados cuando se levanta esta cuestión, y muchos están tentados a creer que todo el movimiento adventista fue un fracaso, que E. de White no fue un profeta ni G. Miller un hombre fiel, y así han ido abandonando las preciosas doctrinas que el Señor le dio al pueblo adventista. En muchos sentidos estamos igual que los judíos, que también se preguntan porqué no vino el Mesías, y lloran la suerte de Israel en el muro de los lamentos, mientras oran con gran perseverancia pidiéndole al Señor que cumpla las promesas hechas a Abraham a favor de Israel, y envíe el tan esperado Mesías para levantar a los hijos de Jacob. Así oran los judíos desde hace dos mil años, siendo que el Mesías YA VINO, ¡¡¡Y ELLOS LO RECHAZARON Y CRUCIFICARON!!!

Los adventistas también hemos crucificado a Cristo, y rechazado la lluvia tardía del Espíritu Santo, que el Señor comenzó a derramar sobre la iglesia en 1888, pero que fue detenida por el accionar equivocado de la dirigencia adventista.

“... nuestros hermanos dirigentes dijeron, esto es pura excitación, no es el Espíritu Santo, no son los chaparrones de la Lluvia Tardía que están cayendo del cielo. Así fue como sus corazones se llenaron de duda y no recibieron el Espíritu Santo porque tenían celo en sus corazones, contra estos pastores jóvenes que daban el mensaje de Dios. Decían en su corazón: ¿por qué habría de pasarnos por alto el Señor a nosotros, hombres de experiencia, para traer el mensaje a través de estos obreros sin experiencia? Declararon en su corazón y en su alma y por sus palabras, que las manifestaciones del Espíritu Santo eran fanatismo. Los llamaron fanáticos y separatistas. Se pararon como una roca. Las ondas de misericordia divina estaban fluyendo en todo su alrededor. Pero sus corazones estaban duros y resistieron la obra del Espíritu Santo.

“Todo el Universo del cielo fue testigo de la manera horrenda con que el pueblo adventista trató a Jesús en 1888, en la persona del Espíritu Santo. Así como en el Sanedrín, los dirigentes del pueblo de Dios trataron a Cristo cuando estuvo en la tierra, así los hermanos dirigentes trataron al Espíritu Santo cuando Él lo envió en representación suya. Si Cristo se hubiera aparecido en persona lo hubieran tratado igual que como lo trataron los judíos, cuando fue condenado en el Sanedrín. Nuestros hermanos resistieron la obra del Espíritu Santo, agraviaron el Espíritu de Gracia, y la Lluvia Tardía que había comenzado a caer, se detuvo, **porque el Espíritu Santo se agravió, se entristeció y se regresó de donde había sido enviado**”. Ellen White, Special Testimonies, Carta Serie A, Número 6, pág. 19.

Pero ¡HAY ESPERANZA PARA TODOS LOS ADVENTISTAS AÚN! El Señor ha prometido un reavivamiento en los postreros días, y su promesa ciertamente NO FALLARÁ. Pero así como en 1888, la condición para recibir la lluvia tardía del Espíritu Santo hoy es la misma que entonces: experimentar el nuevo nacimiento, encontrar a Cristo en una auténtica experiencia de conversión, por la fe en su sangre que todavía se ofrece libremente en el santuario Celestial, que dentro de muy poco tiempo se cerrará, para no volver a abrirse ya más. ¿No lo buscarás hoy de todo tu corazón? La promesa del Señor no puede faltar:

“Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis. Entonces me invocaréis, y vendréis y oraréis a mí, y yo os oiré; y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón. Jeremías 29: 11 – 13.

“A pesar del decaimiento general de la fe y de la piedad, hay en esas iglesias verdaderos discípulos de Cristo. Antes que los juicios de Dios caigan finalmente sobre la tierra, habrá entre el pueblo del Señor un avivamiento de la piedad primitiva, cual no se ha visto nunca desde los tiempos apostólicos. El Espíritu y el poder de Dios serán derramados sobre sus hijos. Entonces muchos se separarán de esas iglesias en las cuales el amor de este mundo ha suplantado al amor de Dios y de su Palabra. Muchos, tanto ministros como laicos, aceptarán gustosamente esas grandes verdades que Dios ha hecho proclamar en este tiempo a fin de preparar un pueblo para la segunda venida del Señor”. CS, p. 517.

Con palabras llenas de poder y esperanza, el profeta Joel anuncia así el poderoso reavivamiento que vendrá entre el pueblo del Señor:

21 Tierra, no temas; alégrate y gózate, porque Jehová hará grandes cosas.

22 Animales del campo, no temáis; porque los pastos del desierto reverdecerán, porque los árboles llevarán su fruto, la higuera y la vid darán sus frutos.

23 Vosotros también, hijos de Sion, alegraos y gozaos en Jehová vuestro Dios; porque os ha dado la primera lluvia a su tiempo, y hará descender sobre vosotros lluvia temprana y tardía como al principio.

24 Las eras se llenarán de trigo, y los lagares rebosarán de vino y aceite.

25 Y os restituiré los años que comió la oruga, el saltón, el revoltón y la langosta, mi gran ejército que envié contra vosotros.

26 Comeréis hasta saciaros, y alabaréis el nombre de Jehová vuestro Dios, el cual hizo maravillas con vosotros; y nunca jamás será mi pueblo avergonzado.

27 Y conoceréis que en medio de Israel estoy yo, y que yo soy Jehová vuestro Dios, y no hay otro; y mi pueblo nunca jamás será avergonzado.

28 Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones.

29 Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días.

30 Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, y fuego, y columnas de humo.

31 El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová.

32 Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo; porque en el monte de Sion y en Jerusalén habrá salvación, como ha dicho Jehová, y entre el remanente al cual él habrá llamado. Joel 2: 21 – 32.

Y como siempre ocurre, ese reavivamiento no acontecerá sin que antes necesitemos beber algunas tazas amargas de pruebas duras que necesariamente el Señor nos debe enviar, porque es sólo en la aflicción que nos acercamos al Señor en la medida en que lo necesitamos para que pueda producir en nosotros un auténtico reavivamiento:

“Dios ha mostrado que él dio a los suyos un cáliz de amargura que beber, para limpiarlos y purificarlos. Es un trago muy acerbo, pero ellos pueden amargarlo todavía más con sus murmuraciones, quejas y lamentos. Quienes no lo reciban habrán de beber otro trago, porque el primero no hizo en su carácter el efecto asignado. Y si el segundo tampoco les aprovecha, habrán de ir bebiendo otro y otro, hasta que cumpla su efecto, o serán dejados sucios e impuros de corazón. Vi que el amargo cáliz puede dulcificarse con la paciencia, la resignación y la oración, y que producirá en el corazón de quienes así lo reciban el efecto que le fue asignado, con lo cuál Dios quedará honrado y glorificado”. Primeros Escritos, p. 47.

"Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen" "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios" (Salmo 10:3, 1ª Juan 3:1). ¡Cuán precioso privilegio es éste, que seamos hijos e hijas del Altísimo, herederos de Dios y coherederos con Jesucristo! No nos lamentemos, pues, porque en esta vida no estemos libres de desilusiones y aflicción. Si, en la providencia de Dios, somos llamados a soportar pruebas, aceptemos la cruz, y bebamos la copa amarga, recordando que es la mano de un Padre la que la ofrece a nuestros labios. Confíemos en él, en las tinieblas como en el día. ¿No podemos creer que nos dará todo lo que fuere para nuestro bien? "El que aun a su propio

Hijo no perdonó, antes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?" (Romanos 8:32). Aun en la noche de aflicción, ¿cómo podemos negarnos a elevar el corazón y la voz en agradecida alabanza, cuando recordamos el amor a nosotros expresado por la cruz del Calvario?" Testimonios Selectos, tomo 4, pp. 77, 78.

"Cuando se esté terminando la obra de la salvación, vendrá aflicción sobre la tierra, y las naciones se airarán, aunque serán mantenidas en jaque para que no impidan la realización de la obra del tercer ángel. En ese tiempo descenderá la "lluvia tardía", o refrigerio de la presencia del Señor, para dar poder a la voz fuerte del tercer ángel, y preparar a los santos para que puedan subsistir durante el plazo cuando las siete plagas postreras serán derramadas". Primeros escritos, pp. 85, 86.

"Se me mostraron los habitantes de la tierra sumidos en la mayor confusión. Guerra, derramamiento de sangre, privación, necesidad, hambre y pestilencia abundaban en la tierra. A medida que estas cosas rodeaban a los hijos de Dios, éstos comenzaron a unirse y a eliminar sus pequeñas dificultades. Ya no actuaban dominados por su sentido de su dignidad personal, sino que una profunda humildad tomo su lugar de ésta. El sufrimiento, la perplejidad, y la escasez hicieron que la razón retomara su trono, y que el hombre apasionado e irrazonable se volviese cuerdo y actuase con dirección y sabiduría". Maranata, p. 257.

PALABRAS FINALES:

Querido lector, tal vez tú ya conocías a Cristo por experiencia propia, Dios te bendiga y puedas mantener tu fe hasta el fin. O tal vez aún estés con dificultades para encontrarlo, y este estudio te ha ayudado un poco, pero necesitas fortalecerte mejor. Como fuere, te recomiendo fervientemente que estudies a fondo el maravilloso librito de E. de White "**El camino a Cristo**", porque es el mayor y más claro tratado sobre la salvación por la fe en Cristo; es toda una guía práctica para la vida cristiana, llena de conocimiento bíblico en que fundamentar tu fe, para que sepas cómo entender la palabra de Dios y no te confundas con las mil interpretaciones falsas que el enemigo ha hecho circular en estos días peligrosos. Pide a Dios luz, y la recibirás. Entrégale todo al Señor, y recibirás todo de Él.

QUE EL SEÑOR TE BENDIGA Y LO PUEDAS ENCONTRAR PRONTO, Y ASÍ

GOZARTE EN SU SALVACIÓN BENDITA Y FORMAR PARTE DEL GRAN

EJÉRCITO FINAL DEL SEÑOR. A.R.T.